

CAZALLA, FRAY JUAN DE, (1514-1575)

LUMBRE DEL ALMA

ÍNDICE:

PRELIMINARES

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

PRELIMINARES

Aquí comienza un breve tratado que habla de los beneficios y mercedes que ha el hombre rescebido de la muy liberal mano de Dios y de la paga que por ello le es obligado a hacer.

Colegido de los Doctores Santos por el muy reverendo Padre Fray Juan de Cazalla, de la Orden de los Frailes Menores, maestro en Santa Teología y Obispo de Vera.

Va a manera de diálogo, que es más aplazible modo de escribir y al lector de leer. Son dos hermanos, el uno Antonio y el otro Luis, llamados así por nombres, discípulos del maestro, auctor del presente tratado.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

En que se pone por buen estilo la causa y motivo de componer este tratado, introduciendo lo que en él se ha de proseguir

Comienza Antonio: Hermano Luis; dos o tres días ha que te veo demasidamente cuidadoso, como quien está embevido en algún profundo pensamiento. Ruégote que me digas la causa de este tan grande desasosiego.

-Hermano Antonio: bien sabes que cuando nuestro entendimiento se ocupa en buscar alguna dificultosa verdad, su natural es no tener contentamiento ni sosiego hasta la haber alcanzado. Sabrás que leyendo aquel salmo CXXV, como llegase al verso que dice: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*, me fue con instancia rogado que declarase dos cosas que parecen ser de gran misterio llenas en él. La primera qué cosas son todas aquellas que el hombre ha rescebido de la mano de Dios. La segunda qué es lo que el hombre que sea de tanto valor y que pueda con ello satisfacer y pagar a Dios todo lo que de su magnífica mano ha rescebido. Porque dicen aquella ya dichas palabras: *¿Con qué haré yo digna recompensa al Señor por todos los beneficios que me ha hecho?* Porque bien mirado, que si todas las excelencias que las criaturas inferiores del hombre participan de Dios por parte, el hombre sólo las participa todas juntas y en muy mayor perfección. Y esto está claro. Porque si los elementos, metales y piedras, vemos que tienen excelente ser, muy más excelente es el ser del hombre. E si las hierbas, plantas y árboles tienen vida y ánima, que llamamos vegetativa, ya ves de cuán mayor perfección es el alma del hombre. E si la diversidad de los animales, aves y peces tienen sentidos y diversidades de apetitos y movimientos naturales, todo esto en más perfecto grado lo hallamos en el hombre. E aún esto todo poco es y casi nada comparado a otra excelencia

que el hombre tiene, en la cual excede casi en infinito a las otras criaturas todas, de los ángeles abajo. Esta es el libre alvedrío, por el cual entiende y conoce el bien y el mal, quiere y no quiere. Porque como todas las otras criaturas de este mundo obren naturalmente por necesidad, no entienden ni conocen sus mismas obras, ni son señoras de ellas. Pero sólo el hombre en este mundo obra libremente, y sólo él conoce y ama sus mismas obras y es señor de ellas. Y de esta causa considerando las grandes excelencias que tiene de Dios rescebidas el hombre, andaba yo agora entre mí mismo pensando conmigo, si pudiera por mí hallar todas sus excelentes perfecciones para poner suma a los beneficios grandes que de Dios ha rescebido. Pero considerándome insuficiente, no me atrevo a tan arduo negocio y menos a investigar por mí mismo, qué cosa sea en el hombre suya propia y de tanto valor, que con ella pueda pagar a Dios los tantos y tan inmensos beneficios que de su muy larga mano ha rescebido. Y esta causa tan razonable he andado estos días así cuidadoso y pensativo como dices.

-En gran hondura por cierto te has metido, hermano Luis, y de donde (ca a mi parescer) por tí no podrás salir. E si porfías, honesta puede ser tu porfía, pero no caresciente de alguna presuntuosa soberbia, pues te ofreces a trabajo que notoriamente sobrepuja tus flacas fuerzas. Mi parescer, si a tí plugiese, sería que juntos nos vamos a nuestro maestro a le rogar nos declare algo de los misterios escondidos en las sobredichas palabras, lo cual confío hará de grado, mayormente viéndonos deseosos de saber. Y porque vea que ocupamos bien el tiempo, vámonos para él, que según veo, allí nos está ya esperando.

CAPÍTULO II

De cómo rogado el maestro por los discípulos, acepta de darles lo que piden. E va de aquí adelante hablando el maestro con Luis, debajo de nombre de discípulo, al cual, como a más enseñado, propone la cuestión y, hecha primero una breve invocación, divide sumariamente toda la obra

MAESTRO:

¿A qué os habéis ocupado estos días que no habéis tenido lición?

DISCÍPULO:

Reverendo maestro, en cosas honestas aunque para nosotros muy dificultosas. Porque como yo agora decía a mi hermano Antonio, me fuese demandada la exposición de aquel verso que dice: Quid retribuam Domine, etc. del salmo que empieza: Credidi propter, e dado que estos días yo he fatigado mi ingenio hasta conocer sus flacas fuerzas, viendo empero que no bastan a satisfacer mi deseo, rogar vos hemos, si por bien tuvierdes, nos declaréis por orden qué tantos y cuáles son todos aquellos beneficios, que el hombre de Dios rescibió, e, junto con esto, nos digáis si tiene el hombre algo que suyo sea con que se los pueda pagar.

MAESTRO:

Honesta ha sido vuestra ocupación. Pero vuestra demanda muy grande, e tal que requiere más suficientes oidores que vosotros estáis e aún más vivo ingenio que el mío. Mas por satisfacer a vuestra honesta y provechosa demanda, confiando solamente en el socorro divino y con el favor de la siempre Virgen y Madre de Dios, nuestra muy Bienaventurada Señora, trabajaré de sacar de los doctores católicos, más que de mi ingenio, algo de lo que agora pedís. Y tú, Luis, respóndeme siempre con tiento, porque mayores cosas empezamos que piensas, de las cuales, si bien atento estuvieres queriéndote tú aprovechar, habrás conocimiento de ti mismo: Qué cosa sea el hombre y qué es lo que debe a sí mismo, qué a su Dios y qué a su prójimo. Deprenderás a alabar y honrar, temer y amar a tu Hacedor, a menospreciar a ti mismo, a tu honra y favor, a tu propio amor y gloria. Conocerás al que te hizo, por qué y para qué te hizo. Verás cuál sea tu bien y cuál tu mal, cuánta sea tu obligación a Dios y a las causas de ella. E finalmente conocerás, en suma, la grandeza de los beneficios sin cuento que has rescebido de Dios, lo que por ellos le debes, e si tienes algo que sea tuyo, con que puedas satisfacer a tan grande deuda que es la conclusión de lo que demandas.

DISCÍPULO:

Lo mucho que me prometes, amado maestro, ha inflamado en gran manera mi deseo a te oír. Por ende, yo te ruego no me tengas más suspenso.

CAPÍTULO III

De los tres oficios y obras de nuestro entendimiento, y de cómo se han entre sí, de sus nombres, y del provecho que cada obra de estas trae

MAESTRO:

Hago ya lo que pides. Acuérdate, según ya de mí oíste, como nuestro libre alvedrío tiene tres oficios. El primero entender las palabras y sentido de ellas. El segundo conocer lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo. El tercero escoger lo bueno y provechoso y desechar y desviar lo malo y dañoso. Por lo que se diferencia el hombre de las otras criaturas inferiores de él, pues ninguna esto tiene.

DISCÍPULO:

Entiendo lo que dices y sé que la segunda de estas obras es fin de la primera y la tercera es fin de ambas, y que no podemos usar de la segunda sin haber ejercitado la primera, ni la tercera, sin primero haber la primera y la segunda. También sé que a la primera de estas obras llamamos sencillo conocimiento; así como es entender este término: hombre, león, planta, virtud o vicio, y así de las otras cosas. A la segunda obra llamamos composición o división por la cual componemos diciendo: el hombre es animal y razón; la virtud es buena; el vicio es malo; o dividimos diciendo: el hombre no es león; la virtud no es vicio. Y cerca de esta composición o división me enseñaste conocer en qué consiste toda la verdad o falsedad de las ciencias o facultades. Porque si digo: fortaleza es virtud, compongo, y la tal composición es verdadera. Mas si digo: el hombre es piedra,

compongo; pero en tal composición hay falsedad. E lo mismo es en el dividir, ca unas veces es verdadero y otras falso. La tercera obra del entendimiento es llamada ración o consultación, de la cual procede todo saber y todo bien y mal obrar. Y como esta obra sea fin de las otras, por eso es la más excelente de todas las de nuestro entendimiento, con la cual así decimos: Todo lo que hace perfecta nuestra ánima habemos de escoger y seguir trabajando por lo alcanzar, pues las virtudes la hacen perfecta y a Dios más semejante. Luego debemos escoger las virtudes y trabajar con perseverancia por las haber. E por el contrario, todo lo que aparta de Dios a nuestra alma, se debe huir. Y pues el vicio la aparta, luego el vicio se debe huir y apartar.

CAPÍTULO IV

Para qué fin dio Dios al hombre tantas excelencias, poniendo ejemplo en las otras criaturas y aplicándolo al hombre en general

MAESTRO:

Placer he de verte así responder, porque tu buena respuesta me aficiona a más te decir. Por ende mira con atención, que todas las excelencias y perfecciones que Dios al hombre le dio con todas las que comunicó a las otras criaturas, por este fin se las dio, conviene saber, para que use de ellas a su provecho, y las aplique a sus necesidades. Esto se muestra muy claro por experiencia. Mira como todas las criaturas inferiores del hombre, usan de los beneficios a ellas comunicados en su provecho y para socorro de sus necesidades. Las cosas del primero grado, como son elementos, metales y piedras, trabajan por permanecer y durar en lo que son; porque en el mucho durar, más semejen a su hacedor que siempre dura. Las del segundo grado y tercero que son plantas y animales, a esto mismo se esfuerzan porque viviendo sean semejantes a su criador que siempre vive y siente. E porque esto en sí mismas no lo pueden perpetuar, naturalmente las criaturas desean producir, y producen de sí otras semejantes a sí mismas en especie, en las cuales conserven su ser, vivir y sentir. E como la mejor cosa que Dios ha dado al hombre es el libre alvedrío, debe el hombre, por cierto, usar de él a todo su provecho y utilidad. Parécete a ti así?

DISCÍPULO:

Cierto sí. Porque si así no fuese, el hombre sólo pervertiría el orden del universo, y sería de más baja condición que las otras criaturas a él subjectas y por él hechas y de tanta ingratitud, que mereciera que todas las criaturas se rebelasen contra él y le negasen el servicio que naturalmente le deben. E cuanto el entendimiento, memoria y voluntad del hombre es más noble que todas las otras cosas que él tiene, en las cuales, fuera de ésta, participa con los brutos, tanto más es obligado, con mayor diligencia, a aplicar tan alto don al fin para que Dios se le dio. Mas quería ya saber qué es lo que de aquí querrás concluir, o a dónde me quieres llevar.

MAESTRO:

A una luz que te espantará y te alegrará las entrañas; por eso está bien atento. El hombre, como según tú afirmas, sea naturalmente obligado a creer, y para sí escoger y rescibir todas aquellas cosas que le inducen a mayor perfección y necesaria salud suya; e si no lo hace así, usa de su entendimiento en su daño y perdición eterna. Como tú seas hombre y tengas entendimiento, debes, según ya eres ensañado, usar de él a tu mayor bien y provecho, enderezándole a todo lo que te es mayor utilidad. E por esto quiero te demandar algunos artículos de la verdadera luz, que es nuestra santa fe católica. Mira tú que, ordenando tu entendimiento como ya es dicho, respondas a tu mayor provecho.

DISCÍPULO:

Así lo deseo hacer.

CAPÍTULO V

En que por apazible manera se ponen algunos artículos de nuestra santa fe infiriendo de ellos el provecho que viene al que cree, y el gran daño al que no cree

MAESTRO:

Lo primero, pues, que te demando es, si crees que hay Dios.

DISCÍPULO:

Créolo sin alguna duda pues creerlo me es a mí la cosa más necesaria y provechosa que hay en este mundo. Porque si yo creyese que no hay Dios, había de creer justamente que no hay infinito y sumo bien. Y como el mayor bien, gozo y esperanza del hombre consista en el infinito y sumo bien, si yo creyese no haber este, yo mismo me privaría y excluiría de mí mismo todo el gozo, esperanza y consolación, y todo el bien con el cual mi ánima se goza. Porque cual es su bien tal es su gozo. Y por tanto si yo negase el infinito bien del alma, que es Dios, quedaría ella triste y privada de gozo infinito, lo cual mi entendimiento no consiente. E por ende creo que Dios con la cual fe se ennoblece y se hace particionera el alma de la excelencia y gloria de aquel en quien cree.

MAESTRO:

Muy bien has respondido. Pero más te pregunto: ¿Crees que este Dios es uno o muchos?

DISCÍPULO:

Si a mi provecho tengo de creer, según me has enseñado, digo que no hay más de un Dios, porque si muchos hubiese habría muchas y diversas voluntades y así cada uno de ellos me querría tener sujeto a su servidumbre, lo cual resulta en mi daño. Por ende, creo que no hay más de un Dios.

MAESTRO:

Pregunto: ¿Crees que Dios tiene hijo?

DISCÍPULO:

Sí, muy bien lo creo. Porque de tener Dios hijo natural al que dio su propia substancia, yo conozco que es fecundo y comunicativo de sí mismo y benéfico, lo cual es a mí muy alegre y provechoso tener Dios tan liberal y comunicable.

MAESTRO:

Más te pregunto: ¿Crees que Dios es todopoderoso, sapientísimo y muy bueno?

DISCÍPULO:

Muy necesario es al hombre creer y tener tal Dios, con cuya omnipotencia sea esforzado, con cuya sabiduría sea gobernado, y cuya infinita bondad le mueva a ser bueno. E por tanto, muy enteramente creo y confieso ser mi Dios tal cual me demandas.

MAESTRO:

En tu bien y provecho usas de tu entendimiento así creyendo y respondiendo. Pero pregúntote: ¿Crees que Dios hizo y formó el cielo y la tierra, y todo lo que en ellos está, de nada?

DISCÍPULO:

Ansí lo creo yo, sin duda, que lo creó e hizo todo de nada. Porque de creerlo así me nasce mayor confianza y seguridad que me hace ser cierto que aquel Dios que me pudo hacer de nada, me podrá después de la muerte encumbrar en mayores excelencias de gloria.

MAESTRO:

¿Crees que Dios por el hombre se hizo hombre, no dejando de ser Dios, mas sublimando en sí nuestra naturaleza y juntándola consigo en unidad de persona?

DISCÍPULO:

Innumerables fueron, en otro tiempo, los hombres, e aún agora son algunos que aquesto no creen, en muy gran daño de su ánimas. Pero yo fiel y enteramente lo creo, pues por ello a nuestra naturaleza humana le fue dada la mayor y más excelente dignidad de cuantas tiene. Porque de la unión que la humanidad tiene con Dios fue dada al hombre suma excelencia y perfectísima dignidad. E por tanto, enemigos de su propia naturaleza, y por consiguiente de sí mismos, son los que no creen este misterio.

MAESTRO:

Magníficamente respondes. Mas, ¿qué dices de la resurrección de los muertos?

DISCÍPULO:

Creo que han de resuscitar, porque de esta manera espero que seré todo inmortal e incorruptible. E por ello vivo alegre y con gran consolación y esperanza. Porque veo que no es una mesma la muerte de los hombres y la de los brutos. Ca las bestias cuando mueren, cuerpo y ánima peresce; mas al hombre no le es otra cosa la muerte salvo dividirle el ánima del cuerpo. La cual ánima, después de este apartamiento, vive más libre y en gran señorío. E los que dicen que nuestra ánima es mortal, bestias son y privados de

toda lumbre de razón. Y necesario les es a los tales vivir días tristes y en más abatimiento que bestias, porque aunque éstas son mortales, no lo conocen ni lo saben. Mas a los tales hombres como, aunque no querían, se entiendan y se crean ser mortales, necesario les es a los tales vivir y morir más miserablemente que bestias.

MAESTRO:

¿Qué te parece del juicio universal?

DISCÍPULO:

Creo que ha de ser, en el cual todos rescibirán el pago de sus obras buenas o malas. He de creer que los que bien obraron habrán galardón de vida eterna. Se esfuerzan los justos a sufrir en esta vida penas y trabajos. He de creer que los malos habrán pena perdurable. Habrían grande espanto los malos y de temor dejarán muchos de pecar. E los que dicen que los malos no habrán castigo ni venganza, al hombre destruyen dándole ocasión y atrevimiento a que a rienda suelta y quebrando el freno del temor de Dios se dé a los vicios y pecados por do perezca.

MAESTRO:

De lo que tú has dicho puede claro conocer cómo la fe cristiana, en la cual se contienen los artículos que habemos tocado, es razonable y ordenada a todo bien y provecho del hombre para en esta vida y para la otra. De donde se sigue que el que esta santa fe cree y afirma, no puede ser reprehendido con razón de otro hombre, ni de ángel ni de ese mesmo Dios podrá ser en algo culpado ni reprehendido, pues cree lo que a Dios es muy convenible y al mesmo hombre muy necesario. Y al que esta fe no tiene, errado anda e sin camino, ciego, miserable y de la eternal muerte cercano.

DISCÍPULO:

No me hallo de placer, honrado maestro, en verme por tu industria sublimado a tan alto conocimiento y saber. Pero que prosigas te ruego, teniendo por bien de me llevar presto a donde al principio me prometiste.

CAPÍTULO VI

De cómo por el oficio del libre alvedrío, por el cual es el hombre señor de sus obras y por consiguiente se le debe galardón o pena, se sigue que hay Dios que le puede galardonar o castigar

MAESTRO:

Primero que haga lo que me ruegas te quiero decir algo cerca del tercero oficio de nuestro entendimiento, por el cual oficio, si te acuerdas, escogemos lo que es bueno y deseamos lo que es malo y falso. Lo cual pertenesce hacer al libre alvedrío del hombre por el cual, en la mayor manera que es posible, difiere de todas las criaturas a él sujetas, las cuales todas obran por necesidad, y sin dirección y conocimiento de sus mesmas

obras. Mas el hombre por la excelencia del libre alvedrío, que tiene, obra libre y discretamente, es señor de sus obras, sabe que las hace, cómo y por qué las hace, obra cuando quiere y cesa de obrar cuando le place. E por ende, sus obras son libres y nobles, las más excelentes que todas las criaturas juntas del universo sensible en que moramos obrar pueden. Son suyas propias y al mesmo, con mucha verdad, imputables. Por las cuales se le debe, y recibirá premio, si son buenas y bien hechas, o pena, si son malas o mal hechas. De donde resulta que como toda obra del hombre sea buena o mala, e por la buena merezca y por la mala desmerezca, e como a todo merecimiento se sigue premio, y a todo desmerecimiento pena; síguese que todo el bien o el mal del hombre está y consiste en sus mismas buenas o malas obras.

DISCÍPULO:

Pienso que quieres decir que pues el hombre obra con prudencia y libertad de voluntad, lo cual ninguna de las criaturas inferiores de él hace, y por tanto sus obras le subliman y dignifican, o le abaten y envilecen. Y parésceme esto llevar muy gran razón, porque claramente vemos que las cosas de los tres grados inferiores del hombre, como son: piedras, plantas y animales, todas hacen sus obras a honra y alabanza de su hacedor y a provecho del hombre, en la mayor perfección que cada una de ellas puede. E como el hombre sea la cosa más digna y noble de todas las criaturas, obligado es por cierto a bien y loable y perfectamente obrar sus obras, porque de otra manera él sólo perturbaría el orden del universo y allí mismo se destruiría él mesmo.

MAESTRO:

Verdad es lo que dices, mas mira bien lo que de aquí concluiremos. Como a las obras del hombre se les sigue luego mérito o demérito, por el mérito débesele luego eterna gloria, e por el demérito perpetua pena. E porque la tal gloria o pena, el hombre no se la puede dar a sí mesmo, es necesario que haya otro alguno superior del que le pueda premiar, si bien hiciere, o punir y castigar por lo contrario. Porque en otra manera las obras del hombre baldías serían y sin fructo o sin debido fin. E por consiguiente, sería luego el hombre fuera de la orden y hermosura del universo, en el cual vemos que a todas las cosas visibles responde ojo que las ve; a las sonoras oído que los oye; a las tangibles tacto que las toca. Así es mucho más conveniente y necesario que a las cosas premiables, cuales son las obras del hombre, responda y haya algún premiador y justo juez que pueda premiar la justicia y bondad y castigar la maldad del hombre. Ves agora aquí, como de libre alvedrío tuyo entiendes, ser necesario que tenga el hombre otro algún superior que le pueda pagar o punir según sus méritos o deméritos. Y éste sólo es Dios, según que adelante verás. Ítem, el que mal hace culpa tiene y el que tiene culpa a alguno injuria; luego el que está caído en culpa de necesidad está obligado a pena por la ofensa, y aún con tantas obligaciones cuantas ofensas hubiere hecho. Luego alguno hay a quien el hombre por la culpa queda obligado. Y como el hombre no puede ser absuelto de la ofensa o culpa, salvo por perdón o paga de la pena, manifiesto parece que hay Dios superior del hombre que puede perdonar la culpa al humilde que le rogase y al obstinado que le haga pagar con pena.

DISCÍPULO:

Claro veo cómo del libre alvedrío se sigue que hay Dios; y éste es buen argumento: El hombre puede pecar, luego hay Dios castigador. El hombre puede bien obrar, luego hay Dios premiado.

CAPÍTULO VII

En el cual, por el libre alvedrío, prueba ser Dios de infinita potencia, sabiduría y justicia, y por consiguiente, de infinita clemencia y piedad

MAESTRO:

Has conocido por el libre alvedrío que hay Dios. Pues por aquel mismo te quiero mostrar cómo es necesario que ese mismo Dios sea infinita sabiduría y justicia.

DISCÍPULO:

Ya deseo saber cómo.

MAESTRO:

Como Dios sea severo vengador y justo premiado de las obras humanas, es necesario que sean todas ellas de él conocidas, vistas, examinadas y en justo peso pesadas. Y porque éstas, según más o menos, merecen premio o castigo, es menester que una a una, según más o menos, sean primero según su cualidad examinadas. E por tanto, conviene que el juez las conozca hasta el postrero pelo y, por ende, es necesario que Dios tenga perfecto conocimiento, no solamente de las obras humanas, más aún de todos los pensamientos, deseos e intenciones y que nada se le esconda de lo que el hombre pensare, dijere y hiciere. Lo cual todo, si Dios no lo penetrase y supiese, no podría dar, siendo juez como es, recta sentencia. Y por eso, ninguna cosa deja desconocer por negligencia ni disimulación ni por olvido. Piensa, pues, agora, yo te ruego: ¡Qué tan grande cosa sería tener conocimiento y memoria de todas las voluntades, afecciones, intenciones, palabras de sólo un hombre desde el día de su discreción hasta la hora de su muerte! E si de uno sería gran cosa cuánto mayor de dos, de tres, de ciento y de mil, y cuánto mayor de cien mil millares de millones, y de cuasi infinitos hombres que son. ¡Quién, yo te ruego, no se espanta pensando la inmensa e infinita sabiduría de Dios, que con sólo una vuelta de su efficacísimo ojo conoce y examina todos los deseos, pensamientos, palabras y obras de cuantos hombres fueron, son y serán! ¡Ojo terrible y de espantosa magestad, más claro sin comparación que el sol, pues ve las carreras de toda criatura!

DISCÍPULO:

Ya conozco claramente por el libre alvedrío del hombre cómo Dios es sapientísimo, prudentísimo y de inefable conocimiento. Muéstrame, agora, cómo por aquel mismo conoceré yo que es de infinito poder.

MAESTRO:

¡Mira! De balde y sin provecho Dios conocería todas las obras de los hombres, según has oído sino tuviese poder de las premiar o punir. E porque Dios, a quien el hombre con

sus obras honra o menosprecia, es de infinita magestad, las tales obras, que cuasi son infinitas, requieren o infinita corona o inmensa pena. E porque ninguno la puede dar, salvo sólo Dios, síguese de necesidad que así como a él pertenece el infinito saber que tiene para discurrir todas las obras humanas, así, conviene que tenga infinito poder y sabiduría para las premiar o castigar.

DISCÍPULO:

Entiendo la potencia y sabiduría de Dios ser infinita.

MAESTRO:

Entiende, pues, también, por el mismo libre alvedrío la suma y infinita justicia suya. Ca no aprovecharía cosa alguna que Dios tuviese perfecto conoscimiento de las obras humanas y entero poder para castigar las malas y premiar las buenas, si junto con esto no tuviese recto y justo querer para dar a cada uno según sus obras, lo cual no podría hacer sin infinita y rectísima justicia. Por lo cual, porque es inflexible y invariable, no será Dios aceptador de personas, mas igualmente al pequeño y al grande juzgará, no menospreciando la persona del pobre, ni en más estimando la cara del rico.

De lo ya dicho puedes así mesmo conocer la infinita clemencia y piedad de nuestro Dios, el cual, como con infinitos pecados de los hombres cada día es ofendido, no se venga luego ni se indigna, mas esperándonos a penitencia, suspende el juicio y afloja las amenazas, llamándonos, esperándonos y atrayéndonos con alagos y dones. E así como el libre alvedrío en todos los hombres es de una misma naturaleza y especie, el cual es raíz y origen de toda retribución o castigo, así requiere un solo juez que lo sepa y pueda premiar o castigar según mereciere.

DISCÍPULO:

Mucho he aprovechado en el conoscimiento de Dios de parte de nuestro libre alvedrío. Mas yo te ruego que me digas si podré más aprovechar de parte del mismo en el conoscimiento de mí mismo y de las cosas que pertenecen a la salud del hombre.

CAPÍTULO VIII

De cuatro cosas en que de parte de la naturaleza del libre alvedrío puede el hombre aprovechar en el conoscimiento de sí mismo

MAESTRO:

Cuatro cosas brevemente te diré aquí, por orden, que de parte de la naturaleza del libre alvedrío le conviene al hombre saber para se conocer. Y sea la primera que la remuneración que Dios, juez justo, ha de hacer al hombre por sus obras, ha de ser espiritual y eterna, no corporal ni temporal. Porque como el libre alvedrío sea espiritual y invisible y en él se subjecte y esté la culpa o el mérito del hombre, es necesario y

conviene que la principal remuneración suya sea así mismo espiritual y invisible porque de otra manera no correspondería a su raíz y origen.

DISCÍPULO:

Así me parece a mí que conviene que sea. Porque las cosas corporales, cuanto quier preciosas que sean, no son dignas ni suficientes para remunerar las obras del libre alvedrío. Y aún digo más, que toda la corporal fábrica de este mundo no basta a justamente premiar la menor obra de la voluntad humana, la cual es tan noble, que con sólo premio eterno, y no con otro, se le puede hacer digna recompensa y pago.

MAESTRO:

Luego aquí conoces claro que el principal bien o mal del hombre consiste en la remuneración de su voluntad o entendimiento. E por eso, todos los tesoros y riquezas del hombre, en cuanto hombre, son invisibles y espirituales, y el reino que espera es eterno, espiritual y invisible. Y porque el libre alvedrío no está en lugar ni en tiempo, el bien o premio que le ha de corresponder, ni en lugar se encierra, ni tiempo alguno lo mide ni concluye. De donde parece que el bien del hombre no es común con el de los brutos, lo cual se muestran afirmar los que el bien humano ponen en los deleites corporales, cuya afirmación proterva es más bestial que de hombre.

La segunda cosa que el hombre debe saber de nuestro libre alvedrío es cuál ley ha de aprobar y seguir y cuál debe reprobado y huir. E para esto, nota que pues la remuneración de nuestro alvedrío, según has oído, no ha de ser, ni es corporal ni temporal más espiritual y eterna, síguese que todas aquellas leyes y sectas, que la final retribución y bienaventuranza del hombre ponen en las cosas temporales o corporales sensibles, son falsas y engañosas. Cual es aquella que dio aquel malvado Mahoma al mísero pueblo suyo, en la cual les promete paraíso terrestre, manjares delicados, vinos dulces, ropas de sirgo, tiernas y blandas vírgenes. Al cual con mucha razón en su Apocalipsis llama San Juan bestia porque bestialmente vivió y comunes con las bestias son sus promesas. E por esto, sola la ley de Cristo es santísima, muy verdadera y saludable, fuera de la cual no hay salud ni verdad ni santidad, cuyo instituidor fue, es y será santísimo y verdadero y en todas las cosas perfectísimo. E así son sus promesas espirituales, invisibles y eternas que son la visión de Dios.

La tercera cosa que del natural de nuestro libre alvedrío debemos conocer es la dilación tan justa del premio o de la pena a cualquier hombre debidos. Para lo cual nota, que como todo el bien o mal del hombre sea o tener culpa, de la cual se sigue pena, o mérito del cual se sigue corona, e cuantos más méritos tuviere, tanto mayor corona le será dada, y cuanto mayores culpas, tanto mayores tormentos, no conviene que luego como hace un solo bien, o un solo mal, muriendo resciba su final retribución. Después de la cual rescibida no podría merescer más corona, ni tampoco podría convertirse a Dios de su mala obra después de esta vida. E por esto, es gran razón que sea esperado hasta que todos sus merecimientos se junten, por los cuales resciba corona. E así mesmo, el que comete una culpa mortal, conviene que sea esperado. Porque si luego rescibiese el final castigo de su culpa, que es la muerte eterna, no ternía dende adelante libertad de volver en gracia, como dicho es. Lo cual repugna a la libertad de su alvedrío en tanto que en este

mundo vive, en el cual tiempo es hombre convertible de mal en bien y de bien en mal y puede con humildad, conociendo su culpa, ser por la penitencia revocado en gracia. E por tanto, el natural de su alvedrío demanda ser esperado si por ventura querrá de su error volverse a la justicia, de lo cual el ángel carece, porque su voluntad no es variable como la del hombre. Pero nota que esta dilación, o espera, que requiere el alvedrío del hombre, no por su merecimiento se lo da, porque según éste luego merecería la pena, más de parte de su vertibilidad y de la bondad de Dios se le concede. E por tanto, el juez de las humanas obras conviene que sea piadoso y de mucha clemencia, porque no tome luego venganza, mas que sepa esperar, pues es mejor salvar al hombre que condenarlo.

La cuarta cosa que el hombre debe saber por el natural de su libre alvedrío es, que hay dos ciudades entre sí muy distantes y diversas. Para lo cual, nota que aunque el libre alvedrío en todos los hombres sea de una misma especie y naturaleza, empero, procede y camina por dos caminos o vías entre sí mismas contrarias, las cuales para siempre serán diferentes una de otra; e la una ciudad de la otra muy apartadas. Porque así como en voluntad y méritos son entre sí distantes y discordes, y de tal discordia que no puede ser otra mayor, así el lugar las aparta en tanta distancia que no se puede pensar otra mayor. E por tanto Dios, que es remunerador de los actos humanos, así apartó estos dos pueblos, moradores de estas dos ciudades, que al uno encumbró en los cielos y al otro abatió debajo de los abismos. Los unos tienen ciudad en el último cielo, los otros en el centro y corazón de la tierra. Pero entrambas estas ciudades son perpetuas, insolubles y invariables y que no se pueden combatir. La una es rica, quieta y clara, alegre y hermosa, y tal que contiene en sí todo el bien del hombre, en la cual huelgan y descansan asentados en hermosura de paz los justos. La otra ciudad es cárcel de los malos, pobre y triste donde hay horribles tinieblas, temerosa y fea y tal que en sí misma contiene todo el mal del hombre.

DISCÍPULO:

Veo y conozco que la diversidad de las voluntades y obras que la experiencia nos enseña ser contrarias en los hombres, constituyen y hacen estas dos ciudades. Mas, ¡hay, y muchas veces digo, hay de aquellos que por sus culpas les cabrá en suerte desdichada aquella mísera y muy horrenda ciudad! Mas, dime, si te place, amado maestro, ¿hay otra cosa que yo pueda de mi libre alvedrío considerar y saber?

MAESTRO:

Sí hay.

DISCÍPULO:

Mucho la querría oír.

CAPÍTULO IX

De otra excelencia del libre alvedrío, y de la diferencia del hombre a las otras criaturas corporales, de la cual se sacan cuatro consideraciones, se concluye la obligación que el

hombre tiene a Dios por los bienes, que él por sí y las otras criaturas por él de su magestad han recibido

MAESTRO:

Otra cosa y quinta que es más excelente a las ya dichas, debes notar. Y es que el libre alvedrío del hombre es inmortal. Porque como en la voluntad esté la virtud o el vicio y todo libre alvedrío sea virtuoso o vicioso, e la virtud no se excluya sino por el vicio, ni el vicio se despida si en su lugar no sucede la virtud. Y el vicio que después de la muerte queda, para siempre dura y de la pena no lo consume ni acaba, mas antes le hace mayor, es necesario que durando el vicio dure aquello en que está. E como después de la muerte la culpa y pena sean perdurables, y el libre alvedrío en quien están también será perdurable, e por consiguiente el alma en la cual está el libre alvedrío, y con la cual es una misma cosa e substancia, es luego el alma inmortal y su libre alvedrío eterno y también la culpa y también lo será la pena o premio que le será dado después de la muerte. Mas ya poco a poco nos allegamos a nuestro principal intento que es mostrar qué es lo que de Dios rescibimos y la obligación en que por ello somos. Para lo cual debes notar que la mayor diferencia que hay entre el hombre y todas las otras criaturas de este mundo es que aunque las del primero grado, así como son piedras y metales, etc., tengan ser, pero no conocen que lo tienen; e las del segundo grado, como son las plantas y árboles, etc., aunque tienen vida, no empero se conocen vivir; en las del tercero, como son animales, etc., aunque sientan y tengan deseos y movimientos de un lugar a otro, no conocen que sienten ni tienen conocimiento de los bienes que poseen. E aunque todas las cosas del universo tengan hermosuras y diversas virtudes, y muchos provechos, empero no conocen qué cosa es hermosura, ni menos virtud, ni provecho, ni saben quien les dio lo que poseen, ni conocen a su hacedor, de cuya mano lo recibieron todo. Sólo el hombre el que conoce tener lo que tiene y de quien lo rescibió, y conoce así mesmo lo que las otras criaturas tienen y de quién lo tienen y para qué lo recibieron y tienen.

De esta diferencia, en que sin comparación el hombre excede a todas las otras criaturas inferiores, hagamos agora cuatro consideraciones de las cuales le resultará mucho provecho y algo de lo que hace a nuestro propósito se dirá. La primera consideración es que el hombre sólo conoce tener lo que tiene él mesmo y lo que todas las otras criaturas tienen. La segunda que conoce que no de sí mesmo tiene lo que tiene él y las otras criaturas. E conoce que ni de sí mismas ni del mesmo hombre lo recibieron ellas mas de otro muy mayor señor que él y ellas lo recibieron. La tercera es que el hombre puede inquirir si queriendo hallar y conocer a aquel del cual él y todas las criaturas recibieron todo lo que tienen. La cuarta es que a aquel a quien ya ha conocido le puede tener y para siempre poseer y con inseparable amor gozar de él. Cata aquí cuatro privilegios en que el hombre excede a todas las otras criaturas.

DISCÍPULO:

Entiendo lo que dices, mas no veo lo que de ello quieres concluir.

MAESTRO:

Pues, atiende. Como sólo el hombre se conozca tener lo que tiene y de quién lo tiene y qué es lo que las otras criaturas tienen y para qué lo tienen, de aquí nos enseña él la su dignidad y excelencia y entiende cuanto lo haya amado y estimado el su hacedor, pues le hizo tan noble y capaz de razón, y le puso en este mundo como príncipe y señor de todo lo en él criado y contenido. Y como esto el hombre nos enseña, si desagradecido no es, alégrese y gózase, reconozca, alaba y honra al su hacedor por todas las cosas que de él ha recibido en sí mismo y en las otras criaturas, pues lo que ellas tienen para servicio del hombre lo recibieron.

DISCÍPULO:

En cuanto pienso, tú me quieres enseñar que el hombre es obligado a Dios, por los dones y mercedes que él en sí mismo recibió y por el provecho y servicio que de las otras criaturas recibe.

MAESTRO:

Eso es lo que quiero que sientas, porque como Dios dio a sólo el hombre que nos enseñase qué es lo que en sí recibió y lo que en las otras criaturas a él sujetas, obligación, no pequeña, le puso: El que le fuese agradecido, haciéndole gracias, no solamente por los bienes que en sí mismo nos enseña haber recibido más aún por todos los otros dones excelentes, que las otras criaturas recibieron por él y para él. Como sea verdad que todos los bienes que las criaturas recibieron y tienen más necesarios y provechosos le son al hombre que a las mismas, porque si con un poco de diligencia lo quieres mirar hallarás que todas las criaturas que Nuestro Señor Dios hizo, al hombre las sujetó. Y no por ellas mismas, mas por el hombre principalmente las crió y para sus necesidades, o para su consolación y provecho o doctrina o gozo. Y pues todas las cosas de este mundo son hechas por respecto al hombre, con razón decimos que el hombre recibió y recibe los bienes y mercedes a las otras criaturas hechas, las cuales criaturas juntamente con el hombre hacen un cuerpo y un reino, cuya cabeza y rey es el hombre. Y de aquí se sigue que él sólo es obligado a dar gracias a su hacedor, por sí y por todas ellas, obedeciéndole y amándole siempre y en todas las cosas procurando sus alabanzas. Cata agora aquí la obligación natural que el hombre a Dios tiene, la cual tanto es mayor cuanto el dador libre y voluntariamente y sin alguna necesidad le hizo las mercedes y a quien las hizo no podía carecer de ellas ni vivir sin ellas. Pero, si te place, más complidamente deseo en esto ser enseñado de ti.

CAPÍTULO X

De la necesidad que el hombre tiene de los dones de Dios, lo cual prueba así de los exteriores, como interiores, que recibió en las criaturas corporales a él tan necesarias y provechosas. De lo cual torna a concluir la obligación que a Dios tiene por sí y por todas las otras criaturas, poniendo para esto un notable exemplo

MAESTRO:

Pues porque muy más claramente esto veas y como el hombre no podía vivir sin los dones de Dios, comencemos a decir agora de ellos y primero de los exteriores, que en las criaturas a él subjectas rescibió. Ya sabes cómo el hombre tiene ánima y cuerpo. Pero veamos primero cómo todas las cosas le sirven al cuerpo. Por ventura parécete a ti que el hombre tiene necesidad de cuatro elementos, de los cuales está compuesto su cuerpo y se sustenta. Parécete que ha menester al sol y la luna y estrellas, a las hierbas, árboles y frutos de ellos, a los peces y animales para aprovechar y servir de ellos. Piensa agora si podría el hombre pasar en esta vida sin el uso de aquestas cosas, y reconosce y piensa el gran beneficio que de Dios, o hombre, has recibido, y si lo reconosces, conosce también al mesmo dador de todos los bienes. E junto con esto abre los ojos y mira cómo todas las criaturas a ti llaman y dicen toma y daca. Toma el servicio de nosotras y beneficio de Dios, y daca y torna el agradecimiento que por ello a Dios debes. El cielo te dice: yo te doy luz y influencias y estrellas y virtudes de planetas y diversidades de tiempos. El fuego clama: yo te doy, yo cuezo tus viandas y te escaliento en el invierno y te alumbro de noche. El aire te dice: yo te doy que respires y te crío todo el linaje de las aves para mantenimiento y solaz. El agua te dice: yo te mato la sed y te limpio a ti y a tus ropas, riego tus sembrados y huertas y te crío los peces para tu sustentación. La tierra te da voces diciendo: yo te sostengo que no te sumas tú y todas las otras criaturas para ti criadas, yo te doy el pan y vino y aceite y sustento tus ganados y todos los otros animales para tu servicio. E finalmente, todo el mundo te clama y dice: mira, hombre, cuánto te amó mi hacedor, pues me crió para que yo sirva a ti porque tú sirvas a él, que me crió y sostiene por ti.

DISCÍPULO:

Ya he visto cómo todas las criaturas sirven al hombre quanto al cuerpo. Dime, agora, cómo le sirven quanto al alma.

MAESTRO:

De la grandeza, bondad y hermosura de las criaturas conosce nuestra ánima fácilmente cuán grande, cuán hermoso y cuán bueno sea el su criador. Porque como dice San Pablo: Por las criaturas visibles viene nuestra ánima en el conoscimiento de Dios, que es invisible y de los otros bienes invisibles que son en el cielo. Ítem, cuando nuestra ánima considera y conosce que toda la hermosura, bondad y excelencias que Dios dió a las criaturas de este mundo se las dió no por sí mesmas, mas por el hombre, rescibe gran gozo y resuélvese en alabanzas del su hacedor. Conosce su dignidad y espántase de su nobleza y excelencia y entiende que la ama y aprecia en mucho su criador, pues que de todas las otras criaturas al hombre sólo hizo príncipe y señor. Del cual gozo el hombre carecería si sólo fuera criado. Ítem, mira cómo todas las criaturas te enseñan. Los metales y piedras te dicen que tu propio y final bien no consiste en solamente ser, pues que éste también le tienen ellas. Las hierbas y árboles te dicen que no está en vivir, crecer y engendrar, pues estas obras son también a ellas comunes contigo. Los brutos te notifican que tu final bienaventuranza no consiste en comer y beber y deleites corporales, pues de todo esto también y aún más libremente gozan ellos que tú. Enseñante, luego, las criaturas todas que otros bienes son los que debes esperar que son inmortales, eternos y propios a ti, de los cuales las otras criaturas no pueden contigo participar. Y de esta

manera las cosas del mundo todo sirven a tu ánima, pues le dan conocimiento de sus bienes.

DISCÍPULO:

Ya conozco que el fundamento y raíz de la obligación que a Dios, mi hacedor, tengo, me nasce de los beneficios que de su mano rescibo. Y como aquellos son muchos y grandes, mi obligación es, por consiguiente, tanta que no tengo suficiencia solamente a la pensar, cuanto más a la pagar.

MAESTRO:

Pues porque veas cuánto es crecida esta tu obligación a Dios, en tres maneras debes considerar cada una de las criaturas. Lo primero, cuánto valga en sí cada criatura. Lo segundo, cuánto sea mejor una que otra. Lo tercero, cuánto provecho y servicio rescibe el hombre de cada una de las criaturas. Pues todo el bien y excelencias que cada una y todas ellas juntas tienen, no por sí, mas por el hombre las rescibieron. Y por esto, de aquí se sigue que la criatura por sí y por sus excelencias es obligada a Dios. Mas tú por ellas y por todas sus perfecciones, y tanto más le eres a Dios obligado, cuanto la criatura es más noble y excelente aunque a ti no sea tan necesaria. Mucho debes, por cierto, a Dios por la tierra que te sostiene, no sólo porque es, mas porque es a ti necesaria; y tanto más por el agua cuanto es más excelente que la tierra; y tanto más por el aire; y más aún por el fuego, y por los cielos, y por el sol, por las plantas y animales, y por todas las otras cosas por tu respecto criadas. Muchas y muy conocidas gracias debes hacer a Dios. Lo primero, por las excelencias que en sí mismas tienen todas las criaturas. Lo segundo, por el provecho que de ellas rescibes. Lo tercero, por la dignidad y gloria con que a todos excedes. Las cuales como no conozcan lo que en sí tienen, no saben lo que por ello deben pagar a su hacedor de cuya mano lo tienen. Mas como el hombre esto conoce y usa y goza cada día del servicio de las cosas criadas, obligado es sin duda hacer gracias a Dios cada día, por sí y por cada una de todas las otras criaturas, pues él sólo tiene enteramente el conocimiento de esto que a todas ellas les falta y habilidad suficiente para ser a Dios agradecido. E porque mejor me entiendas oye agora un exemplo. Si tú solo siendo sabio en tu ciudad y todos los otros de ella niños o locos, el rey hiciese a tu ciudad un gran beneficio, el cual se ha de repartir entre todos los ciudadanos de ella, en tal caso tú solo, pues eres solamente sabio, por ti y por todos los otros no sabios de tu ciudad, serías obligado a hacer gracias al rey por tan crecido beneficio hecho a ti y a los de tu ciudad. Y si tú esto no hicieses, y el rey, provocado a ira por la ingratitud del pueblo, lo destruyese y asolase, tú serías la causa de la perdición tuya y de tu ciudad y de todos los de ella, ninguno no de los cuales tenía habilidad para hacer gracias al rey por el beneficio a ellos hecho.

DISCÍPULO:

Espántame la grandeza de mi obligación a Dios, y ya deseo oír si hay algún camino para poderla pagar.

MAESTRO:

Sí, hay más. Primero debes oír cuánto es mayor esta obligación a Dios por los bienes y mercedes que de él recibiste en ti mismo y en las otras criaturas.

DISCÍPULO:

Ya las deseo haber oído.

CAPÍTULO XI

De cuánta es la obligación que el hombre tiene a Dios por los beneficios que de Él ha recibido

MAESTRO:

Pues óyelos con atención y sin olvido. Recibiste, por cierto, ser muy excelente, vivir, sentir y entender, cuerpo y alma mejor y más noble que el mundo todo que por ti y para tus provechos fue criado. Y por eso tanto eres obligado a Dios por ti mismo más que por el mundo todo cuanto eres más excelente que él con todo en él contenido. Recibiste, pues, lo primero ser, y ser más excelente que el ser de todas las otras criaturas; tan hermoso, tan artificioso, que el sol y la luna a ti comparados son estimados por groseros y feos. Recibiste vida más excelente que toda otra viviente criatura del mundo porque todas viven por ti y no tú por ellas. Mas recibiste el sentir tan vivo y excelente. Recibiste entendimiento y libre alvedrío, la cosa del mundo mayor, y de más alta dignidad porque a todo excede y vale más que el ser, vivir y sentir de todas las cosas del universo, y por quien todas ellas son hechas. Ves agora aquí cómo el hombre es príncipe y emperador de todas las cosas del mundo y la servidumbre que a éste todas ellas deben. E notarás que el ser, vivir y sentir de las criaturas es ordenado y hecho por el ser, vivir y sentir del hombre, y el hombre por su libre alvedrío; porque todas las cosas por sus grados se ordenan al hombre, y el hombre a su libre alvedrío, el cual es rey de todas las criaturas y él las manda y de todas se enseñoera y no hay cosa criada sobre él, sino sólo su hacedor que lo rige y ordena, mas no lo fuerza. Este libre alvedrío es la primera silla de Dios, éste alcanza a Dios y lo posee para siempre, por éste el hombre es inmortal y intelectual y eterno y a su hacedor muy semejante.

DISCÍPULO:

Confieso que debe el hombre más a Dios por sólo el libre alvedrío que por todo el resto del mundo. Y junto con esto debe mucho a Dios por el cuerpo, el cual es fabricado por mayor arte y sabiduría que todas las otras cosas del universo. Considera su proporción. ¡Qué ayuntamiento de miembros! ¡Cómo se ayudan unos a otros! ¡Cómo se sostienen y sirven sin envidia unos de otros! Mira la hermosura de la cara, la serenidad de la frente, la fecundia y prontitud de la lengua, la vivacidad de los ojos, la prestez de las manos, los oficios de los pies cuan llanos, todos cuan necesarios, cuan proporcionados y hermosos. Y sobre todo le dio el cuerpo derecho con que siempre mire al cielo, la cual excelencia en ninguno de los otros animales se halla.

MAESTRO:

Bien has dicho; mas mira con atención y siente en ti mismo de cuanto valor y necesidad te sea cada uno de tus miembros. Ca no querías por el mundo todo carecer de una mano, o de un pie, y menos de un ojo. Y aun amarías de corazón y perseguirías con dones al que te restituyese el ojo si lo tuvieses sacado, o el diente o la oreja. Pues de aquí piensa, cuanto debes amar, servir y honrar al que te los dio todos juntos de nuevo y te los conserva. Y reconoce que le debes más por sólo tu cuerpo que por todos los otros beneficios a ti hechos, en las criaturas allende de ti. Pues si tanto eres obligado a Dios por el cuerpo mortal y perecedero, cuanto lo eres más por el alma que para siempre ha de vivir.

DISCÍPULO:

Mucho querría me lo declarases.

CAPÍTULO XII

De cuánta excelencia es el ánima racional y de las virtudes naturales que tiene

MAESTRO:

Pues oye agora. Diote Dios alma noble y hermosa y tal que da vida a tu cuerpo y que lo menea y rige. Mas debes, junto con esto, notar que así como el cuerpo tiene diversos miembros y cada uno su particular y distinto oficio, así el alma es dotada de diversas virtudes que en cada uno de aquellos miembros ejercita su oficio. Y porque veas las excelencias que Dios comunicó a tu ánima, nota que el ánima en el cuerpo es como el rey en su reino. Y así como en el reino hay algunos oficiales bajos y viles aunque continuamente muy necesarios, como son los labradores, oficiales, mecánicos y mercaderes; otros oficios hay medios, pero más altos y nobles que los ya dichos, como son los jueces y caballeros, condes y duques, etc.; otros hay más altos y más nobles que todos, como son los senadores y consejeros del rey, sin cuyo acuerdo y parecer ninguna cosa hace el rey, y de quien confía todo su reino; así es en el reino del ánima donde hay estos mismos oficiales espiritualmente, y por eso decimos que el ánima tiene diversas virtudes, que los filósofos llaman potencias, mediante las cuales ejercita tantos y tan diversos oficios. Y la más pequeña y baja de sus virtudes es la que llaman vegetativa, cuyos son tres principales oficios, conviene saber: nutrir, crecer y engendrar. Nutrir es convertir los manjares en substancia del cuerpo. Crecer es de pequeño cuerpo hacerlo grande. Engendrar es poder producir otro semejante a sí. Estas virtudes responden a los oficios menores de los labradores y oficiales que trabajan por provecho de todo el reino. Y así lo hacen éstos, por provecho de todo el cuerpo, que jamás cesan de sus oficios, porque si cesasen luego, perecería el hombre. Estos oficios son a nosotros comunes con las plantas y bestias, e aun éstos tienen consigo otras virtudes de quien se sirven, como el señor de sus criados. La primera es la apetitiva, cuyo oficio es traer el manjar al estómago. La segunda es la retentiva, cuyo oficio es retener los ya atraídos. Otra hay expulsiva, cuyo oficio es expeler lo superfluo de lo que se ha cocido, o digerido, mediante otra virtud llamada digestiva, cuyo oficio es repartir a cada uno de los

miembros lo que ha menester de manjar ya digesto y bien cocido. Ítem, hay en nuestra ánima otras virtudes más nobles que las ya dichas, y éstas son dos: la una se llama sensitiva, cuyo oficio es sentir; otra se llama motiva, cuyo oficio es mover y menear el cuerpo. La sensitiva se torna a dividir, porque uno es el sentir exterior y otro, y muy diferente, es el sentir interior. En los cinco sentidos se contiene la suavidad exterior. Uno con que vemos y comprendemos todos los colores y figuras, la luz y sus hermosos rayos. Otro con que oímos los sonidos y diferencias de melodías. Otro con que olemos las diferencias y fragancias de todos los olores. Otro con que gustamos toda la multitud de manjares. Otro con que tocamos caliente y frío áspero y blando. Pero entre estas sensitivas virtudes exteriores hay grados de mayor y menor dignidad. Ca la vista es más noble que el oído, porque de más lejos vemos que oímos, y el olfato de más dignidad es que el gusto, y el gusto y el tacto son las más bajas virtudes, porque no sienten si no tienen junto a sí lo que han de sentir. La virtud sensitiva interior es la imaginación y memoria del alma, las cuales sienten y hacen sus obras en ausencia de sus objetos sensibles, lo cual no pueden hacer los sentidos de fuera. La virtud motiva en nuestra ánima es mediante la cual todo el cuerpo, y cada uno de sus miembros, se extiende o se encoge o se mueve de lugar a lugar. Esta, dicen los naturales, que procede del corazón o del cerebro, y de allí se distribuye por los nervios y por todo el cuerpo. Estas corresponden a los oficios medios que dijimos haber en el reino, y son a nosotros comunes con los brutos. E notarás que todas las virtudes ya dichas no pueden ejercitar sus obras sin ayuda del cuerpo. Mas las que agora diremos, las cuales corresponden al tercero grado de los oficios que son en el reino, son tan nobles y excelentes sobre las ya dichas que para ejercitar sus obras no han menester al cuerpo antes aquel las impide y estorba. Y éstas son propias del hombre, con las cuales comienza ya a convenir con los ángeles y a ser semejante a Dios y a diferir de los brutos. Estas son dos virtudes en el ánima, llamadas entendimiento y voluntad. El oficio del entendimiento es inquirir, juzgar y conocer verdades a las cuales así se ha como el ojo a las colores. El oficio de la voluntad es querer y mandar y executar lo que el entendimiento ha aprobado por bueno. De más del entendimiento y voluntad, hay memoria tanto más noble que la que arriba dijimos, cuanto que el entendimiento es más noble y excelente que la imaginación corporal. El oficio de la memoria es guardar en sí, fuertemente, todas las cosas que el entendimiento ha entendido y la voluntad ha querido.

DISCÍPULO:

Parésceme que todas estas virtudes son a nuestra alma naturales, pero dime, yo te ruego, algo de las que hacen al hombre virtuoso.

CAPÍTULO XIII

De algunas virtudes morales y de sus vicios contrarios por exceso o por defecto

MAESTRO:

Así es como dices y por tanto cerca de lo que demandas. Notarás que allende de estas virtudes ya dichas, que todas son a nuestra alma naturales, hay otras que con la gracia de Dios por nuestra industria las podemos alcanzar, o Nuestro Señor infundir en el ánimo, si la hallare para ello aparejada. Y porque de éstas por orden algo veas, nota que nuestro entendimiento y voluntad están cuando nascemos como un pergamino blanco, en el cual no hay figura ni pintura, salvo la disposición que en él hay de le poder pintar en él diversidades de pinturas, hermosas o feas, y escribirse diversas escrituras verdaderas o falsas. E puso Dios en la mano del hombre, que andando el tiempo pintase y escribiese en su entendimiento hermosuras o fealdades, mentiras o verdades, sciencia o errores, y en su voluntad virtudes o vicios. Pero, mira que las pinturas con que Dios quiere que pintes tu entendimiento y con las cuales somos hechos a él muy semejantes, son los hábitos virtuosos del entendimiento, esto es, prudencia o sciencia, que es conocimiento de las cosas divinas, bien como la tuvieron los Santos Apóstoles de Cristo. Sciencia, que es conocimiento de los principios y conclusiones, en cualquiera facultad, ansí como en gramática, lógica, etc. Mira qué hermosas pinturas puede tener nuestro entendimiento. La prudencia es una muy excelente pintura, con que se debe adornar nuestro entendimiento con la cual sabe juzgar y elegir lo bueno y desechar lo malo en todas nuestras obras; y ésta es la que afloja o estrecha la rienda a la razón y mide virtudes y vicios. Otra pintura se debe pintar en nuestro entendimiento, llamada arte; y ésta se divide por todas aquellas artes que se exercitan con manos como lo son las mecánicas, unas empero más excelentes que otras, mas todas para suplir las humanas necesidades.

Listas, pues, las pinturas o hábitos del entendimiento, pasemos a las de la voluntad, porque a éstas nos obligó Dios más, y de ellas nos ha de tomar más estrecha cuenta después. De estas ropas fue dicho, en el evangelio, a aquel loco de las bodas: «Amigo, cómo entraste aquí sin vestidura de boda.» Y nota, que así como las sciencias son hábitos del entendimiento, así las virtudes teologales o morales son hábitos y ropas de la voluntad. Las teologales son infundidas en la voluntad por gracia. Las morales se adquieren por trabajos y costumbres de buenas obras y son, según Aristóteles, doce. Conviene saber: Fortaleza, templanza, liberalidad, magnificencia, magnanimidad, modestia, mansedumbre, afabilidad, verdad, urbanidad, justicia, amistad.

Fortaleza es una virtud mediante la cual estamos firmes sin espanto y sin temor cerca de la muerte, cuando es honesta, y aún cerca de todos los otros peligros que a deshora nos acechen y nos amenazan muerte. A esta virtud cercan y combaten, como a todas las otras morales, dos vicios contrarios en el medio de los cuales ésta tiene asentado su reino. El uno es por exceso llamado audacia, y el otro por defecto es llamado temor.

Templanza es una virtud guardadora de la mediocridad cerca de los deleites, o penas de cualquiera de los sentidos exteriores y tiene su valía muchas vías. Una de ellas es llamada abstinencia, que es templanza cerca de los manjares. Otra es sobriedad, cuanto al beber. Otra es pudicicia cuanto a las cosas carnales. Otra es castidad cuanto a las cosas venéreas, la cual sola ha lugar en los casados. Otra es virginidad, que es cuanto al propósito de los que desean guardar su cuerpo entero. A esta virtud que tan nobles hijas tiene, cercan y combaten dos vicios. Por exceso es uno llamado intemperancia, el otro es por defecto llamado insensibilidad.

Liberalidad es una virtud que guarda el medio cuanto al dar y recibir, o retener. Su extremo por exceso es llamado prodigalidad; el otro, por defecto, es llamado escaseza.

Magnificencia es loable mediocridad, cerca de la grandeza de los gustos; sus extremos son dificultosos de nombrar en castellano.

Magnanimidad es virtud digna de grandes honras, con la cual sufrimos moderadamente, sin nos ensoberbecer, las grandes honras, o deshonoras a ella ofrecidas, prosperidades o adversidades de la fortuna. La propiedad de esta virtud es menospreciar las cosas mortales y percederas y amar solas las eternas y verdaderas. Extiéndese ésta por todas las otras virtudes obrando excelentemente por todas ellas siendo de toda hermosura, atavío y diadema. Esta virtud tuvieron los Santos Apóstoles de Cristo y han de tenerla los pontífices, reyes y grandes señores. El que por exceso contradice a esta virtud es llamado soberbio, y, el que por defecto, pusilánime.

Modestia es virtud que guarda el medio cerca de las pequeñas honras o deshonoras. Su contrario por exceso es llamado ambición; por defecto, no se le halla nombre, pero puédesse llamar insensibilidad cerca de las honras y deshonoras.

Mansedumbre es una virtud que templada la ira. Su contrario por exceso es iracundia; por defecto no se le halla nombre.

Afabilidad es virtud que guarda el loable medio cerca de los placeres y tristezas que se pueden dar o recibir. El que excede llámase lisonjero. El que no llega se llama contencioso.

Verdad es una virtud que muestra, así en palabras como en obras, quién es cada uno. Y el que esta virtud tiene habla como vive, y vive como habla, no diciendo, de sí ni de otro, más de lo que hay. El que excede llámase arrogante. El que no llega llámase simulador.

Urbanidad es virtud que tiene el medio en las honestas burlas. El que excede llámase truhán. El que falta llámase rústico o grosero.

Justicia es una virtud mediante la cual todos quieren, aman y obran obras justas. Y ésta es en dos maneras: Una que llaman legítima, y ésta es por la cual alguno hace leyes y las pone en ejecución. Y este tal ordena todas sus obras al bien común y a la vida bienaventurada va derecha su atención. Esta justicia es muy propia de los reyes y emperadores. Otra justicia más particular hay que llaman equidad, que es parte de la ya dicha, y ésta es aún de dos maneras. Una es distribuidora de los bienes o males, esto es, de los galardones o penas, dando a cada uno lo que mercede conforme al bien o al mal que hizo. Y según ésta han de responder en igual proporción los galardones al merecimiento, y las penas a la culpa. Esta es propia de los jueces. Otra justicia es llamada conmutativa, que es cerca del comprar y vender, y de todos los otros tratos de que tenemos necesidad de usar para la vida. Los excesos de todas éstas son más o menos.

Amistad es una correspondiente benevolencia entre algunos, mayormente entre dos solos, mostradora de la buena voluntad que el uno al otro se tienen por algún fin de bien. Y porque todo bien es provechoso o delectable o honesto, por eso hay tres maneras de amistad y sola aquélla es verdadera que es por el bien honesto y por la virtud.

Las otras virtudes, tales son cuales los bienes por quien los hombres las toman; los extremos de éstas son más o menos. Estas virtudes se llaman morales, de un vocablo en latín llamado mos, que quiere decir costumbre, porque por costumbre se alcanzan ellas o sus contrarios vicios. Todas estas virtudes o vicios son ropas o pinturas de la voluntad, unas blancas y otras negras. Y de éstas solamente es verdad que consisten en el medio, y no se verifica de las teologales que son fe, esperanza y caridad, ni de las intelectuales que son sabiduría, ciencia y prudencia, porque en todas éstas el extremo no es vicioso. E quien estas virtudes alcanzare y con ellas su voluntad y entendimiento pintare, podrá con verdadera osadía cuando pareciere delante de Dios decirle: Señor, cinco talentos me diste; ves aquí otros cinco que allende de ellos gané. Y el que no las hubiere alcanzado, mas llevare sus contrarios vicios en su alma, será castigado con aquel mal siervo que escondió el talento que su señor le dio sin hacer algún fruto de ganancia con él. Mira a donde me he derramado agora para te industrial en el conocimiento de las excelencias que en el alma de Dios recibimos por lo cual todos le somos tan obligados..

DISCÍPULO:

Alegre y provechosa me ha sido tu digresión y conozco que la obligación que de Dios tengo es infinita y mi deseo grande de saber cómo y con qué la tengo de pagar. Mas primero te quería preguntar una duda que de lo que has dicho de las virtudes morales me queda, y es por qué no contaste entre ellas a la continencia y vergüenza y otras tales virtudes.

MAESTRO:

No sin razón la continencia no se debe del todo poner entre las virtudes morales porque no carece de alguna pasión. E lo mesmo es de la vergüenza, porque las virtudes ya dichas sin mezcla de pasión deben ser. Para lo cual nota que hay cuatro estados de hombres: unos perfectamente virtuosos, otros son del todo malos y viciosos, otros hay viciosos mas con algún conocimiento y pesar de sus vicios, otros son virtuosos pero con alguna tristeza y enojo de la virtud. Los primeros son aquellos en quien la sensualidad es subjecta a la razón con alegría y placer y que en sus obras ninguna resistencia sienten; y tales deben ser los perfectamente virtuosos, porque propio de la virtud es obrar sin tristeza. Los segundos son contrarios a éstos de todo en todo, porque en ellos la sensualidad es señora y la razón tan subjecta y ahogada que no sabe ni puede reclamar ni contradecir en cosa alguna a la bestia que la sojuzga y captiva. Estos son cuya enfermedad es muy incurable porque son del todo viciosos de los cuales dice el profeta que se alegran en las cosas pésimas y se gozan en hacer siempre mal. A los cuales amenaza Dios diciendo: ¡Ay de los que dicen del bien mal y del mal ser bien! Los terceros son viciosos, pero tienen el ojo de la razón un poco sano con el cual, cuando pecan, conocen que hacen mal y pésales porque su razón es vencida y a la sensualidad subjectada. Estos suelen después del pecado romper y reventar en lágrimas de contricción y arrepentimiento por lo que mal hicieron, y a éstos propiamente llamamos incontinentes.

Los cuatro obran virtud y es en ellos señora la razón; mas porque la bestial sensualidad obedece con tristeza y va gruñendo como perro rezilloso, o como mozo rezonglero, no son del todo virtuosos, pero están muy cercanos a lo ser; y los que agora lo son primero pasaron por aquí. A éstos llama Aristóteles, propiamente, continentes, los cuales tanto distan de ser del todo virtuosos cuanto los incontinentes de ser del todo viciosos. E por eso ni la continencia es del todo virtud, ni la incontinencia del todo es vicio. Ves agora aquí lo que te ganaste por tu duda, lo cual notarás que es bueno. Agora volvamos a nuestro propósito, y busquemos si hay otros beneficios mayores que de Dios rescebido hallamos, allende de los ya dichos, de donde crezca más nuestra grande obligación.

DISCÍPULO:

¿Cómo puede ser mayor obligación de lo que has dicho? El mundo todo para nuestro servicio, el cuerpo con tantos bienes y dones, el ánima inmortal capaz de tantas virtudes y ciencias, sellada con el sello de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dotada de entendimiento, memoria y voluntad. ¿Qué puedes decir, que sea más?

CAPÍTULO XIV

De un beneficio mayor que todos ya los dichos, que es el amor divino, del cual nacen todos los otros al hombre

MAESTRO:

Agora añadiré un beneficio solo que prepondera y vale más que todos juntos cuantos arriba oíste haber rescebido. Para lo cual debes notar que todos los dones que de Dios rescebimos, se reducen a dos maneras: Unos son visibles y manifiestos, y éstos son los ya dichos, otros hay invisibles y ocultos, y éstos no son muchos, pero uno que es principio y raíz fundamental de todos los otros dones. Este es aquel inmenso y inestimable amor con que Dios nos amó y ama. Y todos los dones que nos dio no son sino señales y indicios de éste que es el mayor y el primero. Siente agora, yo te ruego, pues de amor proceden dones, qué tan grande debe ser el amor que Dios nos tiene, pues todos los beneficios y mercedes cuantos habemos dicho, y otros infinitos que decir podríamos, y muy mayores, proceden y emanan de este su tan inmenso amor. Porque si Dios hizo el mundo, y a todo lo en él criado por amor del hombre, síguese que primero amó al hombre, y que en todas las otras criaturas no amó ni ama sino al hombre por el cual las crió. En los medios ordenados a algún fin tan solamente amamos aquel fin. Y pues el amor de Dios excede en infinito a todas las otras cosas que su magestad nos dio, síguese que dándonos su amor nos amó y nos dio don infinito y tal que no se puede estimar. El cual don, como sea gratuito y muy liberal, sin duda alguna, es el hombre más obligado por sólo éste que por todos los otros dones juntos que de él ha rescebido. Pues aquéllos, por muchos y grandes que sean, son infinitos y cabo tienen, mas su amor infinito es y sin remate. Considera más, también te ruego, como el dador de todos los bienes no tenía necesidad que nosotros los rescibiésemos, mas por sola su bondad y liberalísima voluntad nos los dio. Y nosotros teníamos la mayor necesidad del mundo de los rescebir, porque sin ellos ni un momento

podríamos vivir. Pues tanto mayor suele y debe ser la obligación que nasce del beneficio, cuanto mayor es la necesidad del que lo rescibe, y mayor y más libre la voluntad del que lo hace, pues dime: ¿Qué necesidad tenía Dios de nosotros o de las cosas que por nosotros crió? Ninguna por cierto, dice David, y nosotros de ellas, ¡qué tanta! Está atento y verla has. Podrás, por ventura, decir a Dios: Señor, no tengo necesidad de vuestro sol, ni de vuestro aire, ni tierra, y así de los otros dones; dadlos, Señor, a quien a vos pluguiere que yo no los rescibire. No por cierto. Pues si conoces la tu grande necesidad, reconosce la tu mayor obligación.

DISCÍPULO:

Conozco que es infinita y inmortal y que por ningún olvido debe ser de nuestros ánimos quitada porque en cada una de las criaturas la veo escripta con el dedo de Dios vivo. Mas falta cuando suspendes mi ánimo, que no me dices ya con qué la tengo de poder pagar. Ca, cierto, vergüenza he de ser a mi Dios tan ingrato.

CAPÍTULO XV

De cómo el hombre tiene algo con que puede pagar a Dios los beneficios que de Él ha recibido

MAESTRO:

Pláceme satisfacer a tu deseo. Mas primero te pregunto si crees que el hombre tiene o posee alguna cosa con la cual pueda hacer a Dios digna recompensa de los beneficios y mercedes que de él rescibió.

DISCÍPULO:

Pienso que sí. Porque como él sea justísimo y no quiera que el hombre por ingratitud se pierda ni por otra manera alguna. Pues tantas mercedes le hizo, también demanda su justicia que algo le hubiese dado que fuese suyo propio del mismo hombre y que lo tuviese en su libre poder, con que pudiese a Dios pagar su tan grande obligación; porque en otra manera parescería que todos los beneficios al hombre dados se los hubiera hecho por su mal y para su damnación; porque rescibiendo tanto, y no teniendo con qué satisfacer algo que propio suyo fuera, mostraba ser ingrato, por el cual vicio le era justa su condenación, lo cual no se debe pensar de Dios según su inmensa bondad.

MAESTRO:

Bien sientes de la bondad de Dios, mas está atento y conocerás agora otra no pequeña causa de tu grande obligación, que te nasce de este tener con que puedes pagar. Confiéasme, según has dicho y es verdad, que el hombre tiene algo con que pueda pagar a Dios y serle grato. Esto, a mi pensar, no será este mundo, pues no es bien propio del hombre; tampoco será su cuerpo, pues por fuera se lo podrán quitar; ni tampoco las otras cosas todas para él criadas que son fuera de su ánima, pues son perescederas y antes que muera las puede perder todas. Pero, porque la recompensa debe corresponder al amor y

voluntad del dador de los bienes, y aquel amor en Dios es inmortal, espiritual y invisible, síguese que lo que el hombre debe dar a Dios, ha de ser propio suyo, y tal que por ninguna violencia ni muerte le pueda ser quitado, ha de ser inmortal, espiritual y invisible. Y esto solamente es la voluntad del hombre, libre y señora de sí, ca ni puede ser forzada, ni impedida, ni tampoco serle quitada. Esta tiene en sí un propio don que de continuo nasce de ella, y es que jamás puede estar sin darse a alguno, y tan liberal y noble que no se da sin que la misma voluntad dé con el mismo don, que es el amor libre de la voluntad y propio suyo, precioso, inmortal tesoro del hombre. Este puede la voluntad dar a Dios con el cual, dado como debe y adelante verás, satisface a Dios plenariamente, cuando en sí es. Cata a que hallamos lo que tanto deseabas. ¿Qué tal te parece?

DISCÍPULO:

Cosa excelentísima y al hombre muy fácil de cumplir y agora ya me esfuerzo y alegre, pues qué tengo. Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? Amar le he, servir le he y así pagaré mi obligación.

MAESTRO:

Cosa justa es, por cierto, que el amor sea pagado con amor, porque éste es el que en sí y por sí agrada a Dios, el cual aunque riquísimo poseedor de todos los bienes, y no tenga necesidad de nuestras cosas, quiere y demanda a nos este amor y con sólo él podemos a su magestad satisfacer. Cierto es que si Dios te amenaza a ti y te reprehende, tú no le puedes a él reprehender con razón, ni amenazarle. Mas si él te ama, justísimamente le debes a él amar, aunque no puedes igualmente. Porque el amor con que Dios te ama a ti es infinito, mas el tuyo con que a él amas, finito es y medida tiene. Pero debe ser muy limpio, entero y santo y sin mezcla de algún otro amor, para que sea conforme al amor de Dios al cual responde. Ca de otra manera aborrecerlo ya Dios como a amor muy contrario del suyo. Mas oye agora con atención la forma y manera en que eres obligado a amar a Dios, la cual tomaremos primero de parte de Dios, y después de parte de las criaturas. Tu hacedor te ama a ti más que a todas las otras criaturas, así tú ámale más a él solo que a todo lo criado. Ítem, tu hacedor a todas las criaturas de este mundo ama por ti, así tú ámalas a todas ellas por amor de él. Ítem, tu criador todas las criaturas ordenó para tu servicio y provecho, así tú ordena todas las cosas para el suyo. Ítem, tu hacedor te ama con infinito y perpetuo amor, así ámale tú a él de todo tu corazón, de toda tu ánima y de todas tus entrañas y fuerzas, y mira cómo te sirven todas con lo mejor que tienen y en la mejor manera que pueden perfectamente a ti obedecen. Pues así tú con lo mejor que posees y en la mejor manera que puedes perfectamente sirve a Dios, dando a su magestad lo mejor que tienes que es tu amor. ¿No miras cómo el árbol todas sus obras endereza a una que es la mejor de todas, y es a producir el mejor fructo que él puede para ti? Pues así tú ordena todas tus obras a una que sea la mejor de ellas, y aquella dala a Dios, como el árbol da a ti la suya, y la mejor obra que le puedes dar es amarle, como dicho es. Ítem, las criaturas te sirven a ti con todas sus fuerzas, continuamente, de día y de noche, en tiempo sereno o turbio; así, pues, tú sirve a tu hacedor y ámale con todas tus fuerzas de día y de noche, en prosperidad y adversidades. Ítem, las criaturas sirven a ti sólo y según su propia naturaleza; así, pues, tú a sólo Dios sirve y ama, y a todo lo criado por él y según tu propia naturaleza, que es de libre voluntad y con alegría. Ítem, bien ves que las criaturas todas te dan sus dones, en la mejor perfección que pueden; e aún si de otra manera te las

dieren tú no los tomaras de ellas; experiencia te lo dice. De tu árbol quieres tú el su fruto bien maduro, sano y dulce y a su tiempo. E si ansí no lo hace, córtasle por la raíz para el suelo; ansí, pues, tú trabaja de dar a Dios tu amor que es fruto a él debido, bien maduro, dulce, sano y perfecto y en todo tiempo porque este fruto en todo tiempo tiene sazón. Ítem, las criaturas no te sirven a ti con engaño, con pereza, ni doblez, mas con simple y muy pronta intención; ansí, pues, tú sirve y ama a tu Dios sin engaño y sin pereza, no andando en vanidades, ni muevas tu pie a engaño.

DISCÍPULO:

En gran manera me ha inflamado tu doctrina. Por ende, trabajaré con todas mis fuerzas a remedar y seguir la forma de amar que me has dado, porque, según veo, ninguna excusa tiene el hombre para dejar de amar a su Dios, como dicho has. Porque como el amor sea hijo de la libre voluntad, ninguno la puede impedir ni estorbar que en todas las horas y momentos de esta vida pueda exercitar su oficio, que es amar, cuanto más que en el amar no hay trabajo, no hay dolor ni tristeza, no hay enojo, no hay fastidio, antes el amor hace los trabajos y penas suaves, dulces y delectables. De donde parece la gran bondad de Dios cerca del hombre, pues que después de le haber hecho tantos y tales bienes, no le obligó por ellos a hacer cosa alguna penosa, difícil ni trabajosa, mas antes le mandó la cosa más deseable y delectable que decir ni pensar se puede.

CAPÍTULO XVI

De cómo la obligación que el hombre tiene a Dios se convierte en utilidad del mesmo hombre deudor

MAESTRO:

Ya conoces la bondad de Dios ser grande en obligar al hombre a cosa tan fácil y delectable como es amarle. Piensa agora la muy mayor bondad suya, pues quiso que aquella misma obligación de amarle se convirtiese en sólo provecho del hombre. Porque aunque Dios ama y desea el nuestro amor, no lo hace, ni lo desea por algún provecho suyo, pues no tiene de cosa alguna nuestra necesidad; pero hácelo porque el hombre, amándole, se enriquezca de verdaderas riquezas y haya grandes provechos y se ennoblezca mucho. Por lo cual nota que de dos cosas tiene el hombre muy grande necesidad. La una es de ser y de conservar su ser. La otra de buen ser y de conservar su buen ser, porque el que no tiene buen ser mejor le sería no ser, conforme a aquella sentencia de Cristo, que hablando de judas dijo: Mejor le fuera a aquel hombre que no fuera nacido. Del servicio de las criaturas, que naturalmente sirven al hombre, conserva su ser el mesmo hombre, mas del provechoso servicio del amor que el hombre libre y voluntariosamente da a Dios, rescibe buen ser y a él mesmo muy fructuoso y con la perseverancia en aquel amor conserva el hombre su buen ser que se llama ser de gracia. Y así como el servicio de las criaturas es continuamente necesario al hombre para que sea y conserve su ser, así el servicio y amor que el hombre debe a Dios, ha de ser continuo, si el hombre quiere el ser de gracia y en él permanecer.

DISCÍPULO:

Consiento con tus razones porque son muy verdaderas y veo ya muy claro que así como es forzado al hombre morir, negándole las criaturas el servicio que le deben, así le será necesario morir espiritualmente, cuanto al ánima, si el mismo hombre no diere a Dios su criador el servicio del amor que le debe. Porque la vida del cuerpo humano depende del servicio de las criaturas, y éste faltando, luego le falta la vida, así también, como la vida del alma se funde y sustente en el servicio y amor de Dios, por fuerza será que, faltando este amor, el ánima luego muera espiritualmente. De donde se concluye que el que a Dios no ama ni sirve, verdaderamente es muerto, y que no le aprovechará nada el servicio que rescibe de las criaturas si el mismo hombre primero no sirve a Dios. Y de aquí también resulta que cuando las criaturas sirven al hombre, y el hombre no sirve a Dios, ellas todas pierden su servicio y son privadas del provecho de sus trabajos, porque no alcanzan el fin para que fueron criadas; e si de razón usasen, rebelarían todas contra el hombre negándole sus servicios. E aún el tal hombre que a Dios no sirve, cuanto en sí es, pervierte, destruye la orden del universo y es indigno de rescebir el menor servicio de la más pequeña criatura.

MAESTRO:

Pláceme que conoces cómo conviene al hombre servir a Dios para que merezca el servicio de las criaturas, las cuales no se llegan de otra manera a Dios sino sirviendo al hombre que sirve a Dios. Y por esto, si el hombre es el que debe, todas las criaturas se juntan a Dios y alcanzan el fin de su creación, el hombre por sí, y las otras criaturas por el hombre. Mas cuando el hombre no es el que debe, todo lo pierde y lo pervierte cuanto para él está criado. Pero con el amor que el hombre tiene a Dios, repara y encadena todas las cosas, junta y conserva todo el universo. Considera agora, yo te ruego, como todas las cosas proceden del amor de Dios y como por el amor que el hombre tiene a Dios se vuelven todas en ese mismo Dios. ¡Oh dulce y maravilloso círculo del cual se muestra que el hombre que ama a Dios es un medianero entre Dios y las criaturas, pues por él, amando a Dios, ellas vuelven a su criador! Pero el que no es tal, es indigno de ser llamado criatura de Dios.

DISCÍPULO:

En maravillosa luz y en gran flama de caridad, amado maestro, me has levantado. Gracias a ti por ello; ca yo pienso que has dicho la más alta y postrera sentencia que del amor se puede decir.

CAPÍTULO XVII

De cómo el hombre es obligado a primero amar a su Hacedor y luego a sus criaturas

MAESTRO:

Pequeñas cosas y pocas aún habemos dicho según las muchas y mayores que por decir nos quedan del amor. E son tales que te espantarán y inflamarán muy más de verdad que las oídas. Debes saber que así como el hombre es primeramente obligado a amar a su hacedor, así es obligado a amar luego a sus criaturas, no sólo en cuanto le son provechosas y necesarias a él, mas en cuanto son criaturas de su Dios. E como todas las criaturas no sean iguales, mas unas mejores que otras, y entre todas, la más excelente es aquella que en sí mesma tiene y representa más perfectamente la imagen de Dios, e por esto a esta tal, como a más excelente, es el hombre obligado a amarla más que a todas las otras. De donde viene que como todo hombre tenga en su ánima más perfectamente la imagen de Dios, como tiene la cera en sí la imagen del sello, cada uno es obligado a amar y honrar a su prójimo como a sí mismo, agora le sea amigo, agora enemigo, agora le aproveche, agora le dañe. Ca, séase quien se fuere, siempre es imagen de Dios. E si a nuestro prójimo así amásemos, amaríamos en nosotros mismos la imagen de Dios. E aborrecerla hayamos en los otros, en lo cual conoceremos que ni en nosotros aún la amamos verdaderamente, pues que la imagen de Dios en todas las almas es de una especie y de una mesma semejanza. Y de aquí es que cada uno es obligado a estimar a otro, cualquiera que sea, en tanto como a sí mismo. E todo el bien que para sí mismo desea, en cuanto es imagen de Dios, lo debe desear para su prójimo y dárselo si pudiere. Y de esta manera debe haber entre los hombres un común provecho, una paz y concordia, un querer y un no querer. Y esto no se debe estimar por alta cosa, pues la experiencia nos muestra obrarlo así aquellos en quien la imagen de Dios está limpia y sin orín, cuales fueron todos los santos apóstoles que lo deseaban y procuraban para los que los perseguían y mataban rogando siempre a Dios por ellos. E por el contrario, los malos, en quien esta imagen está borrada y afeada ni para sí ni para sus próximos desean lo que desear y procurar debrían; porque el que a Dios no ama, no se puede amar a sí mismo, salvo pervertida la orden de justicia; y como a sí mismo no ama muy menos amará a su prójimo. E porque esta obligación que el hombre tiene de amar a Dios es rectísima y fundada en derecho y ley natural, porque es la primera justicia, así, por consiguiente, la otra segunda obligación, que es de amar al prójimo, es rectísima, justa y fundada en ley natural. E si más claro quieres ver cómo eres obligado a amar a tu prójimo, según la forma ya dicha, oye lo que se sigue. Mira así cómo Dios no es aceptador de personas, mas sin diferencia alguna reparte su imagen por todos los hombres. Así tú eres obligado a te comunicar a todos, sin diferencia ni aceptación de personas. Ítem, tu hacedor a todos los hombres, en cuanto son su imagen, con igual y común amor los ama, así tú ama a todos, pues eres obligado a los amar con un mesmo y igual amor, en cuanto son imagen de tu Dios; porque cuanto a otras consideraciones que se pueden facer, no digo por agora cosa alguna. Ítem, tu hacedor con igual misericordia reparte a todos sus beneficios, proveyendo que el sol se comunique a los justos y no justos y que llueva sobre buenos y malos sin diferencia, así, pues, tú, con igual piedad socorre a todos, y mirando que son cada uno imagen de Dios y hijos de un mesmo padre contigo, reparte de buena gana lo que tuvieres con todos. Ítem, las criaturas que por mandamiento de Dios sirven a los hombres no aman más a uno que a otro, ni trabajan más por uno que por otro, ni tienen más acatamiento al mayor que al menor, ni al noble que al plebeyo. Los elementos, árboles, plantas y animales, cuanto en sí es, no sirven más al rey que al caballero, ni al señor que al esclavo. Pues así como todas estas criaturas ves que hacen a todos igualmente particioneros de sí mismas y de sus provechos, así tú, igualmente,

debes considerar y honrar la imagen de Dios en todos los hombres, pues que según su condición natural no se debe preferir uno a otro, ca todos son iguales, como has oído.

DISCÍPULO:

De lo que has dicho veo no solamente la forma de amar a mi próximo, mas entiendo cumplidamente de cuanta excelencia y dignidad sea la imagen de Dios, por la cual su hacedor se muestra tan solícito en la amar y honrar, queriendo y mandando que la sirvan tales y tantas criaturas. De donde se muestra claro cuanto deba el hombre amar y honrar a su próximo al cual aquel gran Dios de tal manera ama y honra.

MAESTRO:

Pues también quiero que sepas que esta mesma obligación que el hombre tiene de amar a su próximo le redunda y se le convierte en su propio bien y provecho; porque aunque el amor con que tú amas a tu próximo algunas veces le sea a él provechoso y alegre, a ti, empero, es siempre meritorio y útil. Ca cuando tú primero amas a Dios y luego a tu próximo como a imagen suya, multiplicas y ganas para ti todo gozo, todo provecho y toda gloria, y cuantos más son los a quien amas por Dios, tanto más te enriqueces de verdaderas riquezas y te ennobleces y haces mayor. Muchas otras cosas nos quedan aún por decir del amor, mas por ser ya tarde y estar cansados, quédense para mañana, si te place.

DISCÍPULO:

Como a ti pluguiere se haga todo, honrado maestro. Ca a mí conviene obedescerte como discípulo, pero quedo esperando lo demás con mucho deseo.

SEGUNDA PARTE

Comienza la segunda parte de esta obra en que se tracta de las condiciones y propiedades del amor, dando conclusión con brevedad a todo el tractado

CAPÍTULO I

De cómo sólo el amor, siendo bueno, nos hace buenos, e siendo malo, nos hace malos

DISCÍPULO:

Deseoso de te oír enteramente lo que me prometiste, reverendo maestro, casi sin poder dormir esta noche vengo a ti tan de mañana, ca bien pienso que del amor dirás hoy muy grandes cosas.

MAESTRO:

Alabo y amo tu buen deseo, ca despierta aún en mí el afecto para decir.
Acuérdate, según arriba dijimos, como ninguna cosa tenemos en nuestro libre poder que sea propia nuestra, salvo el amor.

DISCÍPULO:

Bien me acuerdo que dijiste que nuestro amor es todo nuestro bien y nuestro único y muy precioso tesoro, porque los otros bienes así los de fortuna como los naturales del cuerpo, ni son verdaderos bienes, ni son nuestros propios.

MAESTRO:

Luego, si como has confesado, todo nuestro bien es nuestro amor, claro se sigue que si aqueste es bueno que nosotros somos buenos, y si malo, malos, y que nuestro amor bueno es todo nuestro bien, y el malo todo nuestro mal. Pues no teniendo cosa propia sino el amor, claro es que si aquél es malo, todo lo que tenemos es malo, y si bueno, todo lo que poseemos es bueno, ca sólo el amor nos hace buenos o malos. Y pues sólo el amor es toda nuestra propia posesión, síguese que a quien aqueste amor damos le damos todo cuanto poseemos. E si aquél perdemos, perdemos cuanto tenemos; y entonces perdemos nuestro amor cuando lo damos a quien no lo habríamos de dar. De lo ya dicho se sigue, que pues todo nuestro bien o mal es nuestro amor bueno o malo, que la virtud no es otra cosa sino buen amor y el vicio o pecado no es otra cosa sino mal amor. Y de aquí osa tú llamar virtuoso a aquel cuyo amor fuere bueno, e vicioso o malo a aquel cuyo amor es malo. E si una vez conocieras cómo todo nuestro bien consiste en el verdadero y buen amor, habiendo de éste entera noticia, conocerás, luego, que es todo el bien o el mal del hombre. Y el que de este conocimiento carece, ciego es y de sí mismo y de todas las otras cosas es ignorante. Mas porque mejor conozcas este amor, oye agora algunas condiciones o propiedades suyas.

CAPÍTULO II

De nueve condiciones propias del amor

PROSIGUE EL MAESTRO:

La primera condición del amor es que tiene propiedad de unir y trabar, convertir y transformar al amante en el amado o en la cosa amada. Y de aquí es lo que dice San Agustín que tal es cada uno cual es lo que ama.

La segunda es que el amor, de su propia naturaleza, es don libre que de su mesma gana se da y que no puede ser forzado a se dar o a se quitar, él no queriendo. Y porque las cosas que damos no pasan en verdadera posesión de aquellos a quien las damos sino son propias nuestras y en nuestro libre poder, de aquí se sigue que el amor, como sea libre y propio bien del amante, que dándolo él, luego pasa en verdadera posesión del amado a quien lo da. E por ende, poder libre y entero señorío tiene la cosa amada en el amor que de voluntad su amante le es dado.

La tercera propiedad es que donde quiera que el amor va, lleva consigo la voluntad del amante; y porque la voluntad es todo el hombre, por consiguiente, decimos que se lleva consigo a todo el hombre. Y por ende, cuando alguno da a otro su amor, a sí mismo todo entero se da, y por la primera propiedad o condición del amor se traspasa en aquel a quien se dio.

La cuarta condición del amor es que aqueste transformamiento del amante en la cosa amada no es violento, ni forzado, ni penoso, ni trabajoso, mas voluntario, libre, dulce y muy delectable. Y de aquí es, que la voluntad que así por amor se junta con la cosa amada, no puede ser por alguna violencia apartada de ella, salvo por su libre querer.

La quinta propiedad es que el mismo amor siempre queda libre, aunque traspase la voluntad en la cosa amada. E así mesmo la voluntad siempre queda voluntad y en su libre poder y querer aunque por el amor sea transformada en el que ama.

La sexta es que cual es la cosa amada, tal se hace el amor, y cual es el amor, tal es la voluntad de donde nasce. De donde se sigue que la cosa primero y principalmente amada da nombre, naturaleza y forma a la voluntad que ama; y de aquí se concluye que si la voluntad primero ama tierra, tierra se hace y terreno se llamará su amor; e si cosas mortales ama, mortal y humana voluntad se llama; e si ángeles ama, angélica es; y si a Dios primero ama, divina es. De donde se manifiesta una gran dignidad del hombre y es que por el amor se puede transformar y mudar en cualquier cosa que quisiere más alta o más baja que él. Y cuando los poetas amadores de ficciones te dicen que algunos hombres se tornaron o se convirtieron en bestias o en plantas y otros en dioses, según lo ya dicho lo has de entender.

La séptima condición es que de su naturaleza y propiedad el amor siempre se levanta a amar y querer cosas más altas y más excelentes que la voluntad de donde nasce. Lo cual se muestra por exemplo en las otras criaturas inferiores del hombre, las cuales siempre se alzan y empinan a otras cosas mejores que ellas. Ca vemos que los elementos se convierten en plantas, e las plantas y hierbas en animales que las comen, y los animales en el hombre que los come, pues de las carnes de ellos se mantiene. E así nuestra voluntad, porque parezca ser de peor condición que las cosas más bajas que ella, es obligada a amar cosas más nobles y más excelentes que ella porque se pueda traspasar y convertir en ellas, pues solamente le cuesta el quererlo. E porque sobre la voluntad del hombre ninguna cosa hay más excelente sino Dios solo, de aquí es que es obligada, si quiere seguir su propia naturaleza, a primero y principalmente amar a Dios y a quererse, por este amor, hacer una mesma cosa con él conforme a aquello del Apóstol que dice: El que por amor se llega a Dios, un espíritu se hace con él.

DISCÍPULO:

Mucha razón lleva lo que dices porque como le sea cosa muy vil a la voluntad, que es reina en la ciudad del alma, abatirse debajo de sí mesma e cosas caducas, viles y de ningún valor o de poco, con muy justa razón se debe alzar sobre sí mesma a amar y

querer a Dios y transformarse en él por amor, pues es sumo, eterno y nobilísimo bien, y fuera del cual el alma no se puede mejorar amando todo lo creado, ni poseyéndolo.

MAESTRO:

Placer he en ver que sientes bien lo que digo, mas prosigamos agora las propiedades del amor que comenzamos.

La octava es que, pues el amor es cosa tan noble, tan libre y tan poderosa que muda la voluntad en la cosa amada, poniéndola debajo del imperio y mando de aquélla, es cosa digna y fea, por cierto, que algo que sea más bajo o menos que la voluntad tan excelente, tenga imperio o señorío sobre ella y la posea. Y porque nuestro amor es espiritual y tal cual es la voluntad de donde nasce, por eso todas las cosas corporales no son dignas de él ni le merescen, pues por ser espiritual es muy mejor que todas ellas. E de aquí es que no habemos principalmente de amar cosa que se pueda ver o oír con alguno de los sentidos corporales comprender. E porque no es cosa justa que un igual tenga señorío sobre otro igual, y como toda voluntad criada, en cuanto criada, sea igual a otra, por tanto ninguna voluntad criada es digna de nuestro primero amor, y de tener señorío sobre nuestra voluntad. E por esto, siendo Dios sólo criador y no criatura, él sólo es dignísimo y merescedor de poseer nuestra voluntad y tener dominio sobre nosotros teniendo nuestro primer amor.

La novena condición o propiedad de amor es que como sea propia del amor pedir, recibir amor, ninguna cosa debe nuestra voluntad amar de quien ella mesma no pueda ser amada con mayor amor de el con que ama. Y porque las criaturas inferiores del hombre no saben ni pueden tornar amor, no deben de nuestra voluntad ser amadas, mas a sólo aquél debe amar que por amor finito nos torna y paga amor infinito y eterno. ¿Paréscete a ti así?

DISCÍPULO:

Pienso yo que no hay cosa más verdadera que lo que has dicho, por eso yo te ruego que si más te queda por decir, tengas por del todo satisfacer mi deseo.

CAPÍTULO III

Que el que quita su amor a Dios, hace grandísima injuria a su magestad y a sí gran daño

MAESTRO:

Visto has ya cómo el amor pasa la voluntad en la cosa primero amada y la pone debajo de su señorío y posesión, y por esto la voluntad no puede subir, ni extenderse a más que aquello que a la cosa primero amada se extiende. De donde se sigue, que si aquella cosa primero amada es universal o particular, que el amor así mesmo lo será. Y como no puede ser más de una la cosa primero amada, así en la voluntad no puede ser más de uno el amor. De donde puedes claramente conoscer que aquel a quien con el primero amor amamos funda y edifica en nuestra voluntad un primero amor que es cabeza y origen de

todas las otras afecciones que de la voluntad pueden nascer; de manera que de la cosa primero amada se engendra en la voluntad un primero amor del cual, así como de una raíz, se levanta en el alma un árbol que se multiplica en tantos ramos cuantas cosas hubiere que después de la primero amada en ella y por ella se pueden amar. Vemos por experiencia que de un grano de simiente nace un árbol con innumerables ramos, hojas, flores y fructos, y cual es la simiente tal es el árbol y todo lo que de él después procede. De donde se concluye que si tu primero amor fuere bueno, justo y ordenado, todos los otros amores que de él nasceren serán buenos, justos y ordenados; y si fuere malo, los otros, por consiguiente, lo serán. Y de aquí también se concluye que de necesidad habemos de amar todas las cosas que son amigas y conformes a esta cosa primero amada, y de aborrescer por fuerza todas las cosas contrarias que repugnan o contradicen a esta misma cosa primero amada.

DISCÍPULO:

De lo que has dicho concluyes que el amor entrañal y profundo junta la voluntad con la cosa primero amada tan fuertemente que no puede de ella ser apartada, no por otra cosa mayor y mejor que suceda y tome el lugar de la que antes era primero amada. Mas cuando la cosa primero amada es Dios, como sea sumo bien, suma virtud y eterna verdad, etc., el amor con que primero le amamos, de necesidad será muy fuerte, eterno y verdadero. E como de Dios todas las cosas nascen y emanan como de su propio principio y con él están todas juntas, según la orden de su providencia, es necesario que el que primero ama a Dios, ame por él y en él todas sus criaturas y se haga tan ancho y tan crescido su amor cual crescido se mostró el de Dios en hacer las criaturas; aunque todavía el amor de Dios es infinito y el nuestro tiene fin.

MAESTRO:

Prudentemente lo sientes, pero, si paciencia tienes, decir te he dos exemplos o comparaciones por las cuales clara y brevemente verás ser así lo que habemos dicho.

DISCÍPULO:

Prosigue que muy de grado te oyo.

MAESTRO:

El primero exemplo sea en el matrimonio carnal, y comparando la cosa primero amada al varón y la voluntad que ama a la mujer. Ya ves cómo en el matrimonio el varón es el principal y el que manda, y la mujer la que obedece y es subjecta. Ítem, en tanto que el varón vive, no puede la mujer tener otro marido sino a él. Así, pues, la voluntad que es como la mujer subjecta y obediente a la cosa primero amada, no puede tener más de una, como ni la mujer más de un varón. Y en tanto que aquella cosa primero amada dura no se puede apartar de ella, tampoco, como la mujer de su marido, en tanto que él dura en esta vida. Oye otro exemplo: Pongamos que haya en algún pueblo un hombre pobre y de bajo linaje que tenga seis hijas tan iguales en todas las cosas que ninguna de ellas exceda a la otra en condiciones, ni industria, ni en virtudes, ni crianza, etc. La primera de ellas, cual tú quisieres, casa con un rústico labrador; la segunda, con un rico y limpio ciudadano; la tercera, con un caballero de mucha renta y estado; la cuarta, con un conde o duque; la quinta, con el rey; la sexta, con el emperador. Ya ves que estas seis doncellas, aunque son

de un mismo linaje y condición, pero por los varones diferentes con quien casaron, la una es ya más excelente, más alta y noble que la otra. Pues de esta misma manera, entiende tú de nuestra voluntad que sube o es abatida según la nobleza o vileza de la cosa por ella primero amada. No consideras tú cómo luego que una doncella se casa, engendra en su corazón un nuevo y primero amor a su esposo o marido, por virtud del cual amor luego ama a todos aquellos que con su esposo tienen conversación o amistad o parentesco, a los cuales antes no amaba. E si este su esposo se muere y ella se casa o desposa con otro, luego se deshace en su corazón el amor de su primero esposo y todos los otros amores que de él se escusaron o nascían, y se engendra otro nuevo y primero amor que así mismo es raíz de otros muchos amores. Así, pues, y aún más de verdad, piensa tú que todo esto acaece en nuestra voluntad. No has por ventura leído cómo en muchos lugares de la Sagrada Escritura llama Cristo el ánima de su fiel cristiano esposa. Pues mira como cada día vemos que cuando una mujer se casa con varón rico, fuerte, prudente y noble, ella vive con él en paz y holganza, en alegría y abundancia de todas las cosas; mas si se casa con un pobre, cobarde, ignorante y vil, esta tal vive en tristeza y mengua; y todas las cosas posee al revés de como las tiene la que casó con el primero o de como ella misma las tuviera si con él casara. Pues aplícalo, agora, todo a nuestra voluntad y hallarás que cuando ella primero ama a Dios, entonces es sublimada y ennoblecida, vive segura, pacífica y en abundancia de todos los bienes y riquezas, porque tal es aquel a quien ella ama. E si dejas a Dios y amas primero a alguna criatura, la cual toda en comparación de Dios es muy flaca, pobre y llena de todo defecto, necesario es a la tal miserable voluntad que viva triste y menguada, sin paz y llena de toda tribulación y angustia. Mas nota que así como de una iglesia no puede haber dos obispos, ni de un reino dos reyes, así en la voluntad no puede haber más de un solo primer amor, con el cual ame a Dios o a alguna criatura porque a entrambos igualmente y con un primero amor es imposible amarlos. E mira que entre todas las criaturas aquélla es primero amada de la voluntad que es a ella más amiga y cercana y porque la voluntad puede convertir y volver sobre sí su propio amor, de aquí es que ella se ama a sí misma más que a otra criatura. Porque ninguna hay más cercana a ella, ni más amiga que ella lo es a sí misma. Por tanto, cuando el amor de Dios no es el primero en la voluntad, de necesidad lo ha de ser el amor que la misma voluntad se tiene a sí misma. Y de aquí acaece que cuando el hombre a Dios no ama principalmente, que a sí mismo se ame y a su propia voluntad. Pero la voluntad que a sí mismo se ama primero, hácese ella primera a sí misma su propio fundamento fuera de Dios y como ella a sí misma se ama por sí, luego ama a todas las otras cosas secundariamente por sí misma, y en todas ellas no ama otra cosa sino a sí misma. Así como el que ama a Dios primero, todas las otras cosas ama secundariamente por Dios y en Dios de manera que en ellas no ama otra cosa sino a Dios, e así la voluntad que a sí misma primero ama, por sí misma ama a Dios y a todas las otras cosas. E por esto esta tal voluntad malvada es, traidora es, rabadora es, y luciferina, pues con sacrílega mano roba a Dios, su hacedor, cuanto en sí es, su honra y gloria y poderío eterno. Porque debes saber que amar su propia voluntad con primero amor, a sólo Dios pertenesce y ninguno otro lo debe hacer. De donde se sigue que cuando la humana voluntad a sí misma primero ama, roba a Dios y atribuye a sí misma lo que sólo Dios poseer debe y es propio suyo y no otro. E hácese Dios, cuanto en sí es, dándose el tal hombre a sí mismo las alabanzas, honras, amor y gloria, lo cual es de sólo Dios, que con razón meresce y debe ser alabado, honrado y glorificado. Y así de esta manera se hace

capital enemigo de Dios y muy desemejante a él porque injustamente se atribuye a sí mismo las cosas que son justamente de Dios; ca cual es su amor, tal es el que ama. Onde si su amor es malo, o falso, en odio y menosprecio de Dios, es necesario luego que tal hombre sea malo, falsario, menospreciado y aborrecido de Dios como enemigo y usurpador de sus divinas excelencias.

DISCÍPULO:

Temblar me hacen tus palabras, porque junto con ser verdaderas son terribles y espantosas.

CAPÍTULO IV

De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el perverso amor propio y de los grandes bienes que causa el uno y males que acarrea el otro

MAESTRO:

¡Pluguise a Dios que las cosas ya dichas y las que agora diré todo el mundo me las oyese porque muchos se refrenasen de cometer contra Dios tantas maldades y tan graves ofensas como cometen! Porque, sin duda, en grandes tinieblas viven los amadores de su propia voluntad y querer y si no abren los ojos a mirar cómo, por esta tan grave ofensa provocan cada día la divina ira, perecerán. Ca bien sabes que el que se hace rey contradice al César y incurre en crimen que llaman lesa magestatis. Mas yo te ruego que oyas agora, con mayor atención, las virtudes y vicios, las contenciones y contradicciones de aquestos dos enemigos y muy discrepantes amores, los cuales, como son raíz de todas las otras afecciones y entre sí mortales y capitales enemigos, es necesario que si el uno es bueno que luego el otro sea malo, y si el uno malo, que el otro sea luego bueno. E como el amor de Dios sea todo nuestro bien propio y nuestra propia luz y lumbre, de donde nasce toda lumbre, nuestra primera rectitud, nuestra primera justicia, fortaleza, holganza, alegría, virtud, verdad, nuestra primera vida, principio y raíz de nuestras obras y pensamientos, así, por el contrario, el amor propio nuestro es nuestro primero mal de donde nasce al hombre todo mal, es su primera ceguedad y tiniebra, su primera injusticia y encorvamiento, su primera tristeza y maldad, su primera muerte, primero principio y ponzoñosa raíz de nuestras malas obras y afecciones. El amor de Dios hace nuestra voluntad justa, santa, humilde y benigna. El amor propio hácela injusta, proterva y hinchada. El amor de Dios hace la voluntad quieta, dulce y amigable. El amor propio hácela turbia, amarga, litigiosa y aborrecible. El amor de Dios hace la voluntad muy ancha y muy capaz. Mas el amor propio hácela angosta, estrecha y de ninguna capacidad. El amor de Dios hace la voluntad libre y a ninguna criatura subjecta. El amor propio hácela sierva, captiva y a todas las criaturas subjecta. El amor de Dios hace la voluntad estable y firme, indivisible y de perpetuo vigor. Mas el amor propio hácela movible, inconstante, flaca, divisa, temerosa, cobarde y a toda vanidad subjeta. El amor de Dios hace la voluntad rica, harta y abundosa y de todo bien. El amor de Dios hace que la voluntad more en su tierra, en su casa, en su reino. Mas el amor propio la destierra y hace

peregrina, andariega y fugitiva y la pone so el poderío de faraón. El amor de Dios hace la voluntad sana, hermosa y limpia y de santos olores flagrante. Mas el amor propio, vuélvela fea y enferma, sucia, abominable y drópica y toda leprosa. Finalmente, el amor de Dios alumbrá y esclarece la voluntad y entendimiento para que se conozca el hombre a sí mesmo todo, de dentro y de fuera, y a su Dios, en el grado que le es otorgado, y a todas las otras criaturas. Mas el amor propio, como de sí mesmo es tenebroso y obscuro, anubla y escuresce la voluntad y entendimiento en tal manera que ni a sí mesmo el hombre, ni a su Dios, ni a otra alguna criatura conozca perfectamente.

DISCÍPULO:

Cierto dignas son tus palabras de ser muy notadas y selladas en las entrañas del ánima. E ya tuviese Dios por bien que todos los hombres las oyesen y entendiesen porque se deshacen de amar tan perversamente como se aman en grave injuria de su hacedor y en tan justa y eterna damnación de sí mesmos.

MAESTRO:

Una cosa resta aún que digamos, por la cual se alaba y ensalza el amor de Dios y el propio se abate y se condena; y es que como el amor de Dios puede ser universal, así puede ser uno y semejante en muchos hombres, aunque sean infinitos, el cual, durante entre ellos, es necesario que todos tengan paz y concordia, y que estén en contentamiento y gozo los unos del bien de los otros. Mas cuando alguno primero se ama a sí mesmo, entonces, luego busca su propia y particular honra y gloria, su propio provecho y intereses, sus deleites y placeres, deshaciendo otra cualquiera honra ajena para defender y conservar la suya propia; y luego aborrece y murmura de todo bien que otro tenga, quier sea espiritual, quier sea corporal, si piensa que al suyo contradice. De aquí nascen guerras y disensiones, vandos y enemistades, invidias, iras y robos, adulterios y rencores, con otros muchos linajes de males, que no sólo verlos hacer mas oírlos nos espanta. Porque si bien miras, verás que del amor propio, como de una ponzoñosa víbora, nascen siete pecados mortales, en los cuales es contenida toda la otra mala casta de los vicios. Porque el hombre que a sí primero ama, luego ama su propia excelencia que está en su alma y las delectaciones viciosas que están en el cuerpo; ca lo primero que el tal ama es su alma y cuerpo. E así por conservar y augmentar estas dos cosas, conviene saber, excelencia y deleites, traba luego mucha amistad con las riquezas y dineros; ca éstos acrescientan las honras, y con ellos se alcanzan los deleites. E así parece, como del amor propio nascen cuatro graves pecados, conviene saber: soberbia, avaricia, lujuria y gula. E porque el tal ama sus deleites y honras, es necesario que luego aborrezca y persiga todo aquello que a esto le contradice, por cualquier vía que pudiere. Y de aquí es que el tal luego concibe ira en sí mesmo que es deseo de venganza y envidia con que se duele del bien ajeno contrario al suyo propio, o se goza del mal de otro, del cual él rescibe provecho. E porque el deleite corporal quiere ociosidad, huye de los trabajos, luego en el tal nasce pereza, que es puerto y entrada de todos los vicios.

DISCÍPULO:

Instruido por tu doctrina trabajaré con todas mis fuerzas por alcanzar y excluir de mí mi propio amor y con razón me daré a sólo el amor de Dios.

CAPÍTULO V

De los frutos que del amor de Dios nascen, y de los daños que del amor propio resultan

MAESTRO:

Pues porque mejor puedas hacer lo que dices, debes agora con diligencia notar los frutos que del amor de Dios nascen, y los daños que del amor propio resultan. Cierto es que así como de las plantas y árboles esperamos algún fruto, así lo esperamos de otra cualquier cosa fructífera. En nuestra voluntad, así como en un campo, se pueden sembrar o plantar dos amores principales: o el amor de Dios o el propio nuestro. Por tanto, consideremos los frutos que cada uno de estos amores produce, porque de ellos escojamos el mejor, desechando el no tal. Pues, como no pueda haber sino dos primeros amores, y entre sí mesmos contrarios, así no puede haber sino dos frutos de ellos y tan contrarios como las raíces de donde nascen. Y porque de toda obra que el hombre hace no queda con él otra cosa al fin sino gozo o tristeza, que es toda la ganancia y fruto de sus trabajos y obras, por ende, solos estos dos, conviene saber, gozo y tristeza son finales frutos y remuneraciones de todas las obras humanas; porque todo cuanto el hombre obra, lo hace solamente por alcanzar gozo y alegría, lo cual, perfectamente habido y alcanzado, ninguna cosa busca adelante. E porque toda tristeza es contraria al gozo, de aquí es que todo hombre la huye. Y porque el verdadero gozo es bueno y verdadero fruto del hombre y la verdadera tristeza es verdadero mal y podrido fruto del hombre, es necesario que, pues son contrarios frutos, den contrarias simientes y que de contrarias raíces nazcan. E de aquí es que el verdadero gozo nasce del amor de Dios, y la verdadera tristeza del amor propio. E como Dios sea inmortal, hermoso, poderoso, bueno y sabio, así el gozo que del su amor nasce en nuestra voluntad, es necesario que tenga estas mesmas propiedades, las cuales pongamos agora por orden.

La primera propiedad del gozo, que nasce del amor de Dios, es que como el amor sea de aquella condición y naturaleza que es la cosa primero amada y el amor de Dios sea en nuestra voluntad simiente santa, justa, pura y muy buena, así el gozo, que es el fruto de la tal simiente del amor de Dios nasce, de necesidad será santo, justo, limpio, ordenado, hermoso y divino y tal que incluya y encierre en sí verdadera alegría, verdaderos deleites, verdadera hartura con otros millones de eternos bienes.

La segunda propiedad de este eterno gozo sea que así como el fruto de los árboles y plantas sustentan y dan vida al hombre y a los otros animales, así este gozo, que es fruto del amor de Dios en nuestra voluntad, da al hombre substentación y vida.

La tercera sea que este verdadero gozo da al hombre eterno cumplimiento de su final bien que es extrema perfección y bienaventuranza, la cual habrá alcanzado cuando enteramente poseyere el gozo ya dicho; porque si extremo y entero gozo tiene no le queda ya al hombre algo más que desear; y donde no hay más que desear,

bienaventuranza hay, que es cumplimiento de todos los bienes y gozos, como después verás.

La cuarta propiedad de aqueste santo gozo sea que así como el amor de Dios está dentro en nos y en nuestro poder, del cual somos verdaderos poseedores, así este gozo, que es fruto de aquel amor, dentro de nos está y en nuestro poder y que no habemos menester buscarlo en otra alguna cosa fuera de nos, no en el oro, no en la plata, no en las piedras preciosas, ni en otras cualesquiera riquezas, ni tampoco en las honras y dignidades de este mundo. Ca razonable cosa es y muy justa que cuya es la tierra y la simiente, de aquel mesmo sea también el fruto que ende nasce. De esta manera, pues, la voluntad es nuestra y el amor que en ella sembramos. Justo es que el gozo que ende nasce, que es el fruto, sea también nuestro.

La quinta propiedad sea que cuanto se extiende el amor, tanto se dilata y multiplica el gozo que de él nasce. E por esto, como el amor de Dios se extiende a las criaturas y principalmente al próximo que es imagen de Dios, según ya oíste, es necesario que el que a Dios ama, allende del gozo que rescibe de ese mesmo Dios, tenga otros cuasi infinitos gozos de infinitas criaturas y principalmente de aquellas que conosce ser más cercanas a su criador.

DISCÍPULO:

Muy claramente veo agora que del amor de Dios coge el hombre, aún en esta vida, maravilloso y inestimable fruto; ca como siempre esté amor recto y bueno, así está siempre en gozo santo y muy suave y posee en su corazón su vida y sus riquezas, sus deleites y tesoros y no busca cosa alguna fuera de sí, no ha envidia de otro, no se enoja con alguno, a nadie contradice, porque está lleno de sus bienes y lleno de aquel gozo sumo del cual tanto has hablado.

CAPÍTULO VI

*Del gozo que nasce del amor divino, y del que rescibiremos, no sólo la gloria de Dios,
mas de la de todos los otros bienaventurados en la otra vida*

MAESTRO:

Ya has oído algo del gozo que del amor de Dios nasce en esta vida. Digamos, también, algo del gozo que de este amor divino nasce en la otra vida. Cosa razonable es, que pues la voluntad del hombre en esta vida se allegó a Dios por amor, que en la otra se allegue a él por gozo y fruición de aquel amor. E como Dios sea dulcísimo, hermoso y suave, benigno, noble y bueno, lleno de todos los gozos y riquezas, es necesario que cuanto el entendimiento más claro le viere, tanto con mayor fervor la voluntad le ame. E como en la otra vida la visión de Dios es clara porque de cara a cara la veremos, como lo dice el Apóstol, así el amor será el mayor que se pueda pensar y el gozo que de él allí nascerá será cumplimiento y sello de todos los gozos.

DISCÍPULO:

Dime, amado maestro, ¿osaremos esperar de Dios que nos dé tan grande gloria?

MAESTRO:

Por sólo el amor lo debemos esperar, porque si Dios a quien el alma amó en esta vida con verdadera fe no se lo mostrase en la otra por manifiesta y clara visión, no cumpliría los merecimientos y derechos del amor porque el verdadero amor todas las cosas notifica y manifiesta y todos los secretos revela y descubre. E todo lo repugnante e esto es contrario a la naturaleza del amor. Conviene luego que nuestro amor nos muestre a Dios y haga que claramente lo veamos y abracemos y que con reverencia a él nos alleguemos para que con él nos gocemos para siempre. Pero debes notar que porque Dios es infinita hermosura y suavidad, infinita mansedumbre y bondad, infinita sabiduría y magestad y suma de toda perfección, e por esto en aquella vida no lo amará el alma por los dones que le dio, porque el tal amor sería mercenario y interesal, y por ende no limpio; mas amarle ha porque Dios de sí mismo y por su infinita bondad es amable y digno de ser querido y adorado, del cual amor libre nasce el limpio gozo y muy perfecto. E porque ninguno podrá quitarnos el tal gozo, será muy cierto, muy seguro y perfectísimo. Agora digamos brevemente algo del gozo que en la otra vida rescebiemos de la bienaventuranza de nuestros próximos. En aquel beatífico reino cada uno ama tanto al otro cuanto a sí mismo, y por tanto, es necesario que tanto se goze del bien del otro, cuanto del propio suyo. Y como allí habrá innumerables hombres y ángeles a los cuales como a nosotros mismos amaremos, de aquí se sigue que igualmente de su bienaventuranza y de la nuestra nos gozaremos. Luego está muy claro que el gozo que de el bien de los otros rescebiemos será millares de veces más y mayor que el de nuestra propia bienaventuranza habremos allí. E como entonces no habrá alguno que del todo pueda acabar de sentir la grandeza del gozo de su propia bienaventuranza, por pequeña que sea, piensa agora tú, yo te lo ruego, si puedes, cómo podrá darse a manos a rescebir, por respecto de cada uno de todos los otros bienaventurados, gozos tan infinitos y tan inmensa gloria. Forzado luego es que hasta no caber más gozo, cada uno allí esté lleno como vasija muy colmada. Ítem, como allí cada uno de los bienaventurados, sin comparación, ame más a Dios que a sí mismo y que a todos los otros juntamente, síguese que sin comparación se gozará más de la gloria y bienaventuranza de Dios sólo que de la suya propia y de la de todos los otros bienaventurados juntamente. Mas visto la muchedumbre y grandeza de los gozos del amor después de esta vida, ¿qué sentimiento tienes de ellos?

DISCÍPULO:

Cierto muy bueno, pero querría saber de ti qué es lo que piensas que ha de ser de nuestros cuerpos.

CAPÍTULO VII

De cómo nuestros cuerpos han de resucitar y de los dotes que le serán dados

MAESTRO:

No te congojes ni temas por parte del cuerpo, ca debes saber que el ánima que en el cielo ama a Dios, ama también a su cuerpo y desea ser reparado y a ella misma restituido porque todo el hombre entero tenga vida bienaventurada. Y pues el ánima desea y quiere que su cuerpo se repare, cierto será reparado, pues que, como lo dice David, la voluntad de los que le aman hará el Señor y oirá el ruego de ellos. Luego porque el gozo del ánima sea del todo cumplido y lleno, cierto resuscitará su cuerpo, el cual ella otra vez juntará a sí misma, no empero tal cual agora le tiene, grave, conviene saber, y pasible, mortal y oscuro, pero hermoso y claro más que el sol, inmortal, impasible, ligero, espiritual y sutil, dispuesto para todas las obras espirituales y oficios del ánima. Y así como agora el hombre nos parece todo cuerpo, estando el ánima escondida tras las paredes de él al cual en muchas cosas agora sigue, como es el ocupar lugar, y el ser tardía en sus movimientos exteriores, ca el ánima, según su naturaleza, ningún lugar ocupa, ni tardaría en ir de aquí a Roma un momento, salvo por razón de la compañía que tiene con el cuerpo, el cual en esta vida parece llevarla tras sí en estas y en otras cosas. Mas en la otra vida, por el contrario, el cuerpo ha de seguir las condiciones del ánima por razón de la cual será ya inmortal y sutil para penetrar los cielos sin los romper, ligero para ir de cielo a cielo a donde quisiera a manera de ángel sin tardanza. Esta es la maravillosa resurrección y reparación de los cuerpos. E aún más te digo; que como nuestra ánima ame todas las cosas de este mundo en cuanto son criaturas de Dios, porque más se goze, se ha de renovar y vestir todo lo criado de ropa nueva de mayor hermosura. Porque así como todo el hombre en ánima y cuerpo es reparado, renovado y encumbrado noble y alto estado, así, por consiguiente, todo el mundo lo sea, pues fue hecho por el hombre, y se muestre más gozoso y muy alegre de la bienaventuranza del hombre su rey y señor, por la cual ánima será vestido el mundo todo de ropas de incorrupción desde entonces para siempre jamás.

DISCÍPULO:

Mucha razón lleva lo que dices, porque así como todas las cosas emanaron y nascieron del amor, y éste engendra de sí gozo que es su fruto, así conviene que todas las cosas se acaben en gozo y sean así dispuestas que de ellas para siempre se siga alegría y gozo que es el fructuoso fin de todas. Mas, ¿qué sientes?, yo te ruego que me digas, porque tan súbitamente se muestra tu rostro turbado con tan excesiva congoja; yo pienso que alguna cosa triste y muy amarga quieres decir.

MAESTRO:

Verdad dices. Ca como yo pensase decir del triste y muy amargo fruto que nasce del amor propio, cuasi como de lejos oliendo sus horribles penas y abominables hedores, el olfato con todos los otros sentidos se me han confundido y ofuscado, y aun cuando tú lo que yo diré bien sintieres, la misma alteración padecerás. Debes pues notar con atención que el perversísimo amor propio también engendra gozo porque en la verdad cuando alcanza lo que ama o piensa que de cierto lo ha de alcanzar presto, el necesario que se goze. Ca cuando alguno ama su propia excelencia y deleites del cuerpo, ama, por consiguiente, fuera de sí todo aquello que puede dar cumplimiento a sus deseos; y porque

puede alcanzar lo tal, por eso puede el amador de sí mismo en esta vida alegrarse y triunfar. Mas porque aquestos bienes del hombre se pueden perder y acabar y el hombre aborrece todo lo que a sus bienes perescerlos destruye y puede contradecir, náscele, luego, de aquel tal gozo vano o falso muy amarga tristeza y envidia y un dolor intolerable que le aflige y atormenta. De donde puedes comenzar a sentir cómo el gozo de los que se aman a sí mismos es miserable, es muy falso y congojoso y tal que dentro de sí encierra infinitas miserias, las cuales todas salen después a plaza. Lo cual entenderás mejor poniendo aquí las propiedades de este triste y muy engañoso gozo.

CAPÍTULO VIII

Del gozo engañoso que nasce del amor propio y sus malas propiedades

MAESTRO:

Sea, pues, la primera propiedad, que así como el amor propio es desordenado, falso, corrupto y sucio, tal es el gozo que de él nasce. Ítem, así como este amor es el peor de los amores, en sí mismo pésimo, la primera muerte y ceguedad del hombre, origen y fuente de todas las mentiras y males suyos, ansí es el gozo que de él se causa. Ítem, así como este amor es derechamente contra Dios, siendo rebelde y protervo y quita a Dios, cuanto en sí es, su gloria y honra, así su gozo es contrario y enemigo de Dios mucho más que el amor malo de donde nació; porque aunque sea grandísimo mal amar alguna cosa contra Dios, pero muy peor cosa es alegrarse y complacerse el hombre contra ese mismo Dios. E porque mejor veas la abominación de este perdido gozo, comparémoslo al otro que del verdadero amor de Dios dijimos que nasce, porque juntados los dos amores contrarios sean mejor conocidos. El verdadero gozo nasce de justicia, de verdadera bondad y eternidad y de una admirable raíz de todos los bienes. Mas el otro gozo que del propio amor nuestro nasce, emana de injusticia y falsedad, de presunción y vanidad y de una fuente muy horrible de todos los males. El primero gozo, que es el que nasce del amor de Dios, nasce del mismo Dios y es según Dios, mas el otro, que nasce del amor propio, nasce del demonio y es según Lucifer y contra Dios. El primero conforta y junta al hombre con Dios, acrescencia, multiplica hartura de bienes, mas el otro divide y aleja al hombre de Dios y hácele su capital enemigo. El primero es según la naturaleza del hombre, según el orden del universo, mas el otro es contra el natural del hombre, y contra la orden del mundo todo. El primero puédesse haber de balde, sin trabajo y sin favor ajeno, mas este otro gozo no se puede poseer sin trabajos congojosos, sin graves penas y daños, ni sin odio horrible de los próximos. El primero hace al hombre benigno y manso, modesto y humilde, mas el otro hácelo ser sin misericordia, cruel, hinchador, soberbio. El primero multiplica y conserva la paz, la concordia y amistad entre los hombres, mas el otro siembra y multiplica ofensas y enemistades y introduce sectas, discordias y todo mal. El primero es un gozo que da y conserva la vida, es bien honesto, glorioso, deseable, mas el otro es al revés de todo esto. Y porque concluyamos, te digo que el primero gozo acrescencia el mismo amor de Dios y hincha el alma de todo bien, alumbrá y alegra el entendimiento, mas el otro hace crescer el deseo de todos los males y vicios, escuresce el

entendimiento y ofusca la memoria en los beneficios de Dios y entristece y atormenta la voluntad hasta tanto que ella se viene a aborrescer a sí misma, pero sin provecho y sin remedio.

DISCÍPULO:

¡Oh, si todo el mundo te escuchase y entendiese tus palabras! Creo cierto que muchos se dejarían de amar a sí mismos, tan en su daño como lo hacen, no se ensalzarían en sus tan vanos gozos y muy locas esperanzas. Mas aun nosotros, que ya esto conoscemos, muy peores somos que los ignorantes plebeyos que no lo saben.

CAPÍTULO IX

De los frutos del propio amor en la otra vida, y de las miserias grandes del ánima condenada

MAESTRO:

Oye agora los frutos que del amor propio nascen después de aquesta vida y nota que como el amor de Dios en la otra vida engendra eterno y inmenso gozo, ansí el amor propio, como es al de Dios contrario, engendra eterna muerte y inmensa tristeza. Para lo cual notarás que en dos maneras nos viene alguna desmedida o suma tristeza. En la primera, cuando somos compelidos a carecer de alguna cosa que muy mucho amamos y con que más nos gozamos y de la cual tenemos extremada necesidad. En la segunda manera, cuando somos compelidos a tener y poseer por fuerza alguna cosa que infinitamente aborrescemos y que más a nuestros deseos y naturaleza repugna, mayormente cuando aquello que aborrescemos está dentro de nosotros mismos y enserido en nuestra voluntad, ca entonces la tristeza de esto excede a todo otro excesivo dolor y tiene en sí la cumbre de toda miseria. Pues quanto a la primera, debes saber que el ánima, después de esta vida, no tiene ni posee cosa alguna de aquellas que acá visiosamente amó: no alabanzas, no glorias, no deleites, no placeres, no riquezas, no hermosura, no sciencia. E porque el ánima desnuda de esta oscura carne terná ya claro el conocimiento de todas las cosas, el cual no tenía estando juntada a ella, por esto en la otra vida se conoscerá claramente y verá sus desventuras y entenderá muy claro para qué había sido criada y verá quanto sea grande el bien que ha perdido y por qué lo perdió. Conosciendo que por solamente amarse a sí mesma primero que a Dios, y conociendo el infinito bien que por esta su culpa perdió, el cual bien jamás ya cobrar podrá, nacerle ha de aquí una desesperación tan terrible que engendre en ella una ansia tan cruel y de tan infinito dolor que no se pueda pensar otro más cruel ni mayor. Ca no se puede pensar otra más dolorosa pena que tener el hombre grandísima necesidad de alguna cosa con extremo deseo de la haber y por otra parte conoscer la imposibilidad de la alcanzar. Quanto a la segunda manera de tristeza que es cuando el alma es compelida a tener, poseer en sí alguna cosa que infinitamente aborresce, nota que como después de esta vida, según que ya dijimos, el alma claramente se conoce, verse ha a sí misma y a su voluntad enemiga de Dios, corva, torcida y desordenada y a sí misma repugnante y contraria, torpe, fea y

muy aborrecible. Tanto, que considerándose se aborrecerá ella a sí misma y se perseguirá y continuamente se maldecirá y aborreciéndose traerá siempre consigo misma este horror espantoso sin jamás poderlo desechar ni alanzar de sí misma. Y será tan crecido el odio y aborrecimiento que de sí misma terná y de sus fealdades que deseará vehementísimamente ser aniquilada y nunca haber sido, y creciendo más su desesperación y blasfemia, deseará que Dios, juez severo y justo vengador de sus maldades, fuese del todo deshecho y aniquilado, e que todos los ángeles y santos descendiesen con ella a los abismos donde está, y que todo el universo se consumiese y convirtiéndose en nada. Mas como esto, que con tan grandísima rabia desea, no se pueda hacer ni cumplir, confundida con desmedida tristeza y muy amargosa confusión, marchitarse ha y carcomerse adentro de sí misma con rabia y reventando en diversas blasfemias y bramando más horriblemente que los muy fieros leones, desearía huir de sí misma y desampararse, si pudiese; pero nunca jamás podrá la desventurada ni cesará de sentir y padecer estos y otros intolerables tormentos.

DISCÍPULO:

Con razón le acaescerán las horribles penas que has dicho, ca conveniente y justa cosa es que pues en esta vida primero amó a sí misma y después a todas las otras cosas por sí misma, que en la otra vida comience a aborrecerse a sí misma primero y después aborrezca a todas las otras cosas por sí misma. Porque así como primero se gozaba en esta vida de sí misma, y por sí misma, así en la otra empiece a dolerse primero de sí y luego por sí en todas las cosas. Y como en esta vida todas las cosas le agradaban primero por sí misma, así después le desagraden y den pena todas primero por sí misma. Y pues ella amándose a sí primero, se quiso hacer Dios, cuanto en sí fue, dándose a sí misma a la gloria y honra al mismo Dios debida, así después en la otra vida se reconozca por la más vil y abjecta de todas las criaturas. Mas por no impedir tus razones ceso. Por ende, tú, noble maestro, prosigue el propósito tuyo.

MAESTRO:

Como el ánima que de esta vida pasa al infierno, lleve consigo las imágenes y semejanzas de sus obras, las cuales como hayan sido hechas contra Dios, contra justicia y contra voluntad, y por tanto feas, falsas, sucias y abominables, y siendo necesario que siempre estén delante de ella estas sus obras, darle han crudelísima pena y tristeza infinita. Y de aquí es, que toda la recordación y memoria de aquesta triste ánima, y todo su ver y entender, todo su querer y no querer, todo cuanto en ella fuere y estuviere, todo le será amargoso y tristísimo y causa de infinita angustia y de intolerables dolores. De donde ya puedes en alguna manera sentir y ver cómo el ánima, que aquí vive contra Dios mal obrando, atesora para sí tormento y ira para en el día de la ira y ella misma comienza desde acá a edificarse el infierno para sí y ella se enciende el fuego y se apareja sus tormentos para ella. Y porque mejor comprendas la graveza horrible de sus dolores y tristezas, oye agora uno o dos ejemplos. El primero sea éste. Todo hombre, por malo que sea, aborrece toda fealdad y torpedad en sus obras. Y cuanto la obra es al hombre más cercana, tanto más en ella es aborrecida alguna torpedad. Y de aquí es que el que no querría ver fealdad ni otro defecto en su casa, menos le querría en su mujer, y menos en sus hijos que mucho ama y mucho menos en su cuerpo; y si ve que la hay en sí es mayor su mismo aborrecimiento que de ella tiene, y cresce hasta aborrecerse a sí mismo en

quien ve estar aquella fealdad o defecto. Así pues acaesce en el ánimo, que mirándose estar en el infierno donde en sí misma verá muy a la clara su infinita fealdad y otros millares de defectos, aborrecerse ha y abominarse ha a sí misma. Mas aunque desee mucho huir de sí misma y de sus hedores que le serán intolerables, en ninguna manera podrá ni por alguna vía, de donde se le causará infinito dolor y incomparable tristeza. Verá allí, como en claro y abierto libro, todos los males que hizo contra la justicia y divina clemencia, y displacerle han sin medida y sin provecho, porque no tanto le pesará por haber ofendido a Dios con aquellos males suyos, cuanto por verlos tan horribles y disformes y dignos de todo aborrecimiento, y más por los ver en sí misma tan sin remedio de los poder dejar de tener en sí. El segundo ejemplo sea éste. Vemos en esta vida que el ánimo siente los dolores, pasiones y enfermedades del cuerpo y se entristeze mucho con ellas; luego síguese que más y muy mucho mejor y aún más rigurosamente sentirá las suyas en el infierno donde verá su perversión y fealdad, su impiedad y toda su malignidad. E con inmenso dolor y tristeza multiplicará en vano sus congojosos jemicos y quejándose de sí misma padecerá, sin algún fin ni remedio, sus llagas horribles y eternos dolores.

DISCÍPULO:

¡Oh alma sin ventura, que por un pequeño y falso gozo escogió para sí tantas tristezas y dolores!

CAPÍTULO X

De las graves penas que el alma condenada padecerá en el infierno y que el alma que es espiritual puede ser allí atormentada del fuego material

MAESTRO:

Pues mira que no solamente a aquesta ánima mísera en el infierno ya puesta la perseguirán sus mismas maldades, como has oído, mas aún allende de eso sufrirá y padecerá otros muy graves dolores y penas de parte de su criador y de parte de todas las otras criaturas y aun de parte de cada uno de sus propios miembros de cuerpo. Digamos, pues, algo de las penas que de parte de su hacedor padecerá. Para lo cual debes saber primero las maneras y formas en que ella, viviendo en esta vida, ofendió a su criador. Lo primero es que ella como soberbia y presuntuosa, menospreció a su Dios, y en lugar de aquél, amó, honró y ensalzó a sí misma y aún de toda criatura quiso ser amada y honrada como Dios. Lo segundo, ella se hizo capital enemiga de Dios, quitándole su honra y gloria cuanto en sí fue. Lo tercero, ella se deleitó muy excesivamente en esta su gloria y honra así robada y usurpada. Lo cuarto, ella fue muy ingrata a los beneficios de Dios, y usando de ellos menospreció al soberano dador de cuya mano los rescibió para le ser grata por ellos. Lo quinto, ella alanzó y excluyó de su voluntad perversísimamente a Dios siendo tan benignísimo, dulcísimo y muy bueno, y puesto él en lo bajo, ella presumptuosamente se encumbró y ensalzó en lo alto. Lo sexto, ella fortificó su voluntad propia, y aquella quiso cumplir y cumplió excluyendo de todo en todo de sí misma la de

Dios. Lo séptimo, afeó la imagen de Dios, que estaba en ella tan noble y tan hermosa con feas manzillas de horribles pecados. Lo octavo, ella no temió incurrir en infinita ingratitude menospreciando a Dios. Ves agora aquí algunos de los males que la tal alma contra Dios cometió, por los cuales y por cada uno mereció infinitos tormentos, los cuales tantas veces dobló para sí cuantas cometió las sobredichas ofensas contra Dios. Y esto es muy justo, porque si a uno que cometió un crimen llamado lese magestatis contra el rey, le dan pena de muerte, y perdimiento de bienes y sus hijos hasta la cuarta generación quedan inhábiles para oficios y beneficios, y su casa le es derribada, arada y sembrada de sal porque no haya fructo ni memoria de él en la tierra. ¿Qué pena te parece a ti que será condigna para aquel que comete este crimen lese magestatis divine contra Dios que es emperador de los reyes y señor de los más altos emperadores? Con razón luego decimos que el tal merece infinita venganza de parte de Dios, el cual siendo infinito, infinitamente es injuriado y ofendido. E si me preguntas qué tal ha de ser aquesta pena, o venganza, dígo te que será pena de fuego infernal y eterna. Ca porque menospreció al hacedor de todas las cosas será abatida debajo de toda criatura en el lugar más ínfimo y apartado del cielo y en sí mesmo de más menosprecio que es en el centro de la tierra, donde en pena y menosprecio suyo, descenderá con las orduras y suciedades de este mundo que descenderán en lo profundo del abismo, donde la tal ánima viva muriendo para siempre. E porque es justo que todo deleite y placer desordenado sea punido con dolorosa tristeza, como el fuego, entre todas las criaturas, es lo que sin comparación más aflige y atormenta, será la tal alma para su castigo en brasas de fuego material atormentada para siempre sin fin y sin remedio.

DISCÍPULO:

¿Cómo puede el alma siendo de espiritual naturaleza ser atormentada y afligida del fuego que es material y corpóreo? Ca lo que es corporal no parece ser posible que pueda obrar en lo que es espiritual.

MAESTRO:

Tú no ves que el agua del bautismo, obrando la invisible palabra, alimpia el ánima de todo pecado, lo cual no podría hacer otro liquor alguno así como vino o aceite, etc. Pues, así como el agua, mediante la palabra, purifica el alma que es espiritual, de esta manera el fuego material, queriéndolo así Dios, atormentará a la misma ánima aunque es espiritual. Y esto lleva mucha razón, porque pues ella, siendo espiritual, quiso seguir los deleites corporales y darse a las cosas sensibles, así es justo que, aunque no quiera, padezca penas y sea atormentada de aquellas mismas cosas sensibles.

DISCÍPULO:

Mucha razón lleva lo que dices. Pero querría que prosiguieses las penas de la desdichada alma en el infierno puesta.

CAPÍTULO XI

De cómo el alma dañada será atormentada de parte de todas las criaturas, y en especial de parte de su propio cuerpo

MAESTRO:

Ya creo has entendido en qué manera el ánima sea punida de parte de Dios. Agora oye, y digamos de qué manera lo será de parte de todas las criaturas. Nota que porque el alma amadora de su propia voluntad menospreció a su hacedor y por consiguiente a todas sus criaturas, y se hizo enemiga de él y de todas ellas, haciéndoles la mayor injuria que se pudo pensar, amándose tanto a sí misma y usando de las mismas criaturas en menosprecio de Dios su hacedor soberano, por tanto, toda criatura se armará contra la tal alma para tomar de ella venganza, conforme a aquello de la Sabiduría que dice: Peleará por él toda la redondez de la tierra contra los locos que no tuvieron el sentimiento que debían tener de sí y de Dios y de las criaturas todas (Sap. 5, 21). Y de aquí es que la tal alma de ninguna criatura rescibirá consuelo ni ayuda ni aun de los dañados, porque en el infierno no es verdadero aquel refrán que dice: Mal de muchos, gozo es. Ca como con cada uno de los que allí van les crezca la pena a todos, aborrescerá la tal alma a todos y perseguirlos ha, y eso mesmo todos a ella. Lo tercero que a la tal alma dañada perseguirá es su mesmo cuerpo, tornándole a recibir para mayores tormentos, y por esto deseará que nunca llegue el día del juicio, por no se revestir de su cuerpo, el cual sabe que se ha de juntar con ella desde entonces para siempre aunque ella no quiera. Mas por otra parte querría la desventurada que luego viniese el día del juicio, porque no fuesen más dañados a donde ella está, porque con cada uno de ellos se acrescientan sus penas de manera que de todas partes la cercarán en derredor incomportables angustias y eternos dolores. E como ella en esta vida con el cuerpo obró contra la voluntad de Dios, así en la otra rescibirá su cuerpo contra su voluntad, y lo que con él obrare, será todo contra su gana y querer. E quieres saber ¿qué tal lo rescibirá? No cierto cual ella lo querría, mas pasible y feo, pesado, espantoso y muy horrible. Porque más sientas sus angustias dolorosas será dende adelante su cuerpo immortal y eterno porque le duren para siempre jamás sus miserias. E si de lo de arriba te acuerdas, hallarás que hay dos ciudades entre sí muy diversas y que corresponden a los dos amores de quien tantas cosas habemos dicho. Los amadores de sí mesmos, constituyen y hacen la una para sí mesmos allá debajo de los abismos, estrecha, oscura y triste, ciudad de odio y de rencor, donde habrá perpetua muerte sin morir y abundancia de todos los males; será, en fin, horrible cárcel de prevaricadores. Los amadores de Dios constituyen y hacen otra ciudad para sí mesmos muy contraria de la ya dicha, Porque será sublimada en lo más alto de los cielos, junta con Dios, alegre, ancha, llena de perdurable vida y abundosa de todos los bienes y donde habrá falta de todos los males. Esta es aquella Hierusalem celestial tan celebrada y predicada de los profetas donde cada uno de sus ciudadanos es rey, de cuyos bienes y excelencias, si agora hubiésemos de decir, como era razón, sería menester nuevo tractado. Para lo cual hacerse, ya ves que estamos cansados y sería desviarnos de nuestro principal propósito.

De dos aborrecimientos muy contrarios entre sí que son aborrecimiento de Dios y aborrecimiento de sí mismo

MAESTRO:

Pues antes que concluyamos, quiero que sepas una cosa, y es que así como hay dos principales amores entre sí muy enemigos, de los cuales habemos hasta agora hablado, así hay dos aborrecimientos contrarios entre sí mismos y de éstos también podrás decir lo mismo, dándoles sus propiedades por el contrario de los amores a quien ellos siguen. Sea agora un ejemplo de esta manera. Somos obligados a amar a Dios de toda nuestra ánima, fuerzas y corazón. A este amor santo acompaña luego y sigue un odio, con el cual odio somos obligados a aborrecer con toda nuestra ánima, fuerzas y corazón a todas aquellas cosas que son contra aquel amor y honra de Dios. Pues así como el amor de Dios y el amor propio son capitales enemigos, así el odio de Dios y el propio aborrecimiento son entre sí contrarios extremados. Mas el aborrecimiento propio y el amor de Dios no son contrarios, antes convienen muy bien entre sí y son en salud del hombre. E así mesmo el amor propio y el odio o aborrecimiento de Dios no se contradicen, mas convienen y son en la perdición del hombre. E de aquí es, que el que se aparta del amor propio de sí mesmo, es necesario que luego pase en el amor de Dios, de contrario en contrario. E así al revés, el que se aparta del amor de Dios vaya luego el amor propio de sí mesmo. E también en apartándose del odio propio de sí mesmo, da luego consigo en el odio de Dios y en apartándose del odio de Dios va luego a dar en el odio y aborrecimiento propio de sí mesmo. Pero por que mejor me entiendas, pon aquí agora otros cuatro términos que se hallan entre sí como los ya dichos. Ejemplo: Virtud es contraria al vicio, y la felicidad a la miseria, o el galardón a la pena. Ves agora cómo el galardón no es contrario a la virtud, antes la acompaña y de ella se sigue. Así mesmo la pena no es contraria al vicio, mas con él está y de él se sigue; y si alguno se aparta de la virtud también se aparta del galardón y luego da consigo en el vicio y en la pena. Eso mesmo es cuando alguno se aparta del amor de Dios, ca luego se aparta del odio y aborrecimiento de sí mesmo, y pasa en el odio de Dios y en el amor propio de sí.

DISCÍPULO:

¡Oh cuán bienaventurado será el que perseverare en el amor de Dios y en el aborrecimiento de sí mesmo! Mas, ¡ay dolor! y, muchas veces digo, ¡ay del que en lo contrario acabase su mala vida!

CAPÍTULO XIII

Cómo el discípulo repite en suma todo lo dicho en este tractado

MAESTRO:

Buen sentimiento has cerca de esto. Mas agora te demando, para ver que memoria tienes, que me digas todo lo que habemos dicho y a qué propósito cada cosa.

DISCÍPULO:

Si no me engaña mi memoria, en suma digo que has tratado de los beneficios que el hombre ha recibido de Dios y de lo que es obligado a pagar y darle por ello. Pusiste los tales beneficios entre tres diferencias. Unos que los rescibió el hombre de parte del mundo y de las criaturas de él. Otros servicios rescibió y éstos en dos maneras. Unos hubo por parte del cuerpo, y otros por parte del alma. Ítem, rescibió lo tercero el amor de parte de Dios, el cual don dijiste que es mayor que todos los otros juntos y que con éste solo de nuestra parte podríamos a Dios pagar todo lo que le debemos. Porque si él nos dio a todo el mundo por nuestro y las criaturas de él, no le podemos nosotros dar a él otro mundo, ni otras criaturas. E si nos dio el cuerpo y los bienes de él, no le podemos dar otro tanto, pues es todo suyo y de ninguna cosa nuestra tiene él necesidad. E si me dio el ánima con muy altas excelencias en ella, no puedo en esta misma moneda pagarle cosa alguna. Mas si él me dio su amor amándome como me ama, con justísima obligación le debo yo amar a él, pues que puedo, y ansí con este servicio de amor le satisfare, cuanto en mí es, la multitud de los innumerables beneficios que de su magnífica mano tengo rescibidos. Así que de todas estas cosas bien asentadas y retenidas en la memoria, me parece que tengo cumplido entendimiento de aquellas palabras al principio propuestas, conviene a saber: *Quid retribuam domino*, etc.; y con esto crea satisfacer a lo que me fue demandado de la inteligencia de estas palabras, las cuales han sido por ti suficientemente explicadas. Gracias muchas a ti por ello. Pero si más hay que decir sobre ellas, te ruego nos lo digas brevemente, aunque bien veo que estás fatigado de decir.

CAPÍTULO XIV

De los daños en que la caída de nuestro primero padre Adán incurrimos; del remedio que Dios puso a tantos males

MAESTRO:

Lo que hasta aquí, ansí de los beneficios de Dios como de nuestra obligación, habemos dicho, gran cosa es, pero en comparación de lo que queda, lo dicho es muy poquito, ca convenía aquí tractar de la justicia original, que es un inmenso beneficio de Dios, y de las dotes y grandes privilegios que con ella nuestro primero padre Adán rescibió para sí y para toda su posteridad y de la obligación natural que al hombre de esta parte le nasce. Y lo que sería más triste de oír, aunque necesario, es cómo Adán pecó y cómo por sí y por todos nosotros ofendió a Dios con infinita ofensa y, perdiendo aquella justicia, incurrió en daño y pena perdurable, la cual ofensa ansí enredó y ató al hombre que se privó de la posibilidad que de su parte tenía para pagar la otra primera obligación, que era natural, por la cual era obligado a amar a Dios y a le honrar y temer, etc... Esto fue figurado en la salida de aquel hombre que saliendo de Hierusalem para Jericó, cayó en manos de los ladrones que le despojaron de todos los bienes gratuitos, llagándole en los naturales.

Considera pides agora, yo te ruego, como la primera obligación todavía dura y no es quitada por la segunda, antes esta segunda nos impide la posibilidad de pagar la primera, ca es imposible que el hombre puesto en pecado, y hecho enemigo de Dios, se pueda pagar la deuda que arriba dijimos del primero amor: honra y temor. ¿Entendiste enteramente mis palabras?

DISCÍPULO:

En algún grado pienso que sí, ca tú has dicho que el hombre tiene en sí tres obligaciones. La una y primera es natural, de la cual ya está hartado dicho y que si Adán no pecara teníamos habilidad para la pagar. La segunda obligación es aquella por la cual Adán obligó a todos nosotros a infinita pena y enemistad de Dios, quedando la primera obligación en su vigor.

MAESTRO:

Bien me has entendido, mas, ¿qué sientes del hombre en este estado en el cual él se puso de su voluntad aunque inducido por el demonio? ¿Parécete, por ventura, que él de suyo tiene fuerzas para satisfacer y pagar a Dios?

DISCÍPULO:

Mucho me ha desmayado y enflaquecido el corazón esto que en brevedad has dicho, ca si bien se mira, el hombre desventurado, queda para siempre perdido y no tiene de qué, ni puede pagar la obligación de que arriba dijimos y, por consiguiente, no sé yo de qué o cómo pagar a Dios cuantas cosas de él recibí, antes debo pensar cómo le pagaré las ofensas que de las otras dos obligaciones me nascen.

MAESTRO:

No desmayes que otros beneficios hay mayores que te sueltan de las dos postreras obligaciones y te restituyen la posibilidad para pagar la primera; pero siente y piensa la obligación nueva y tan crescida que te nace de ellos.

DISCÍPULO:

¡Oh inmensa bondad de Dios! Sin duda la obligación que de tan inmensos beneficios me nasce, yo presumo que es infinita.

CAPÍTULO XV

De la conclusión breve del tractado

MAESTRO:

Mucho habría agora aquí que declarar en lo que pides, ca habíamos de hablar del misterio de la encarnación del hijo de Dios y de cómo aparejó el mundo con Santas Scripturas, enviando sus patriarcas y profetas antes que él viniese, y de cómo fue convenientísima su venida, e aun de cómo con su muerte mató nuestra muerte, y pagando las dos deudas y

obligaciones nuestras de que agora hablamos dando fin al pecado y librando al hombre primero de las manos de los ladrones en cuyo poderío había caído y restituyéndole sus bienes curó sus llagas y heridas, y de la virtud de los sacramentos y de los secretos misterios de su admirable Pasión. Las cuales cosas, si con la reverencia debida fuesen habladas y entendidas, no en otra cosa noches y días te ocuparías, porque del sentimiento de ellas vernías en el conocimiento de tu obligación que saber deseas y aun en el conocimiento de la posibilidad que tienes, por la virtud de estos santos misterios, para pagar las altas mercedes que de Dios has rescebido tú y todo hombre mortal. Y te ofrecerías de grado a morir por quien tan de grado por ti murió, ca así ofresce David luego en las palabras que se siguen en el verso primero preguntando y luego diciendo: Calicem salutaris accipiam, que son como una respuesta con que él se responde a lo que preguntó que con qué pagaría tanta deuda; y aún ésta es pequeña paga. Pero pues el hombre no tiene cosa más amada que la vida y ésta debe ofrecer a Dios cuando tiempo y lugar y causa y otras circunstancias lo piden. Con lo cual y con lo ya dicho que el hombre tiene, se satisface Dios y se contenta de nuestra paga por tanta deuda. Mas ya tiempo es que acabemos, pues lo dicho basta para que sientas cómo debes responder y satisfacer a lo que te fue preguntado y para ti sacar algún provecho. Y si algo he dicho que bueno sea, doy las gracias y gloria de ello a aquel de cuya mano viene todo el bien; y si algo no tal he hablado, que bien creo será harto, demando perdón a mis mayores y les pido con humildad paternal corrección de ello. E tú, Luis, ruega a Dios por mí.

DISCÍPULO:

A gran piedad, amado maestro, me han movido tus humildes palabras, y pues a Dios, a padres, y a maestros no podemos acudir con igual pago, de Dios le hayas por tu trabajo y doctrina con que me has alumbrado. Y pues por agora en otra cosa no te puedo pagar haré lo que mandas y yo debo. Seguiré tus pisadas obedeciéndote en todo como discípulo. E todavía me queda esperanza que algún tiempo me dirás lo que en fin de este nuestro razonamiento por causa de brevedad atajaste, porque en ello me parece que se encierra todo nuestro bien y los mayores misterios de nuestra fe.

MAESTRO:

Ansí es, mas agora a mí falta tiempo y a ti capacidad; por tanto, lo deajo. E tú, conviene que te ejercites en el estudio, pues no te falta ingenio, porque de otra manera serías digno de culpa. E lo mesmo digo a Antonio, que no menos bien ha hecho en atentamente oír, que tú en vivamente haber respondido. E si este consejo mío recebís, obligarme habréis a que yo más trabaje por vos enseñar. Y si no, decir os he lo que los Santos Apóstoles dijeron a los hijos de Israel que no quisieron rescibir su doctrina: a vosotros convenía predicaros primero al reino de Dios mas, pues os habéis hecho indignos pasamos a los gentiles. Ansí yo, aunque comparemos lo pequeño a lo grande, avosotros quería aprovechar con mi doctrina; pero si con ser negligentes os hacéis indignos, seráme forzado buscar otros discípulos diligentes que sean dignos de ella, aunque poca, en los cuales se multiplique con su trabajo y mi industria. Agora id con Dios y poned diligencia en vuestro estudio.

DISCÍPULO:

Amado maestro, días ha que estamos puestos en las manos de tu voluntad; no quiera Dios que en algo nos desviemos de tu querer. Tú manda, que nosotros te obedeceremos. E agora, respondiendo a tu mandamiento, trabajaremos con toda diligencia en nuestro estudio, dándonos a la virtud, pues conoscemos la afección que nos tienes y el trabajo que de tu parte pones en nos enseñar. E con tu licencia y bendición nos imos a divulgar este tu pequeño tratado. Tú ruega a Dios por tus discípulos.

Síguese un brevecito modo para venir, en alguna manera, en conocimiento de Dios

CONOCIMIENTO DE DIOS

Por doce grados subimos al conocimiento que se requiere para contemplar puramente en Dios.

El primero que sea solitario, y esto es cuando sube de lo visible a lo imaginario.

El segundo que se va recogido y entra y piensa en las perfecciones que tiene el ánima en sí misma.

El tercero es íntimo, y es cuando el ánima con la parte superior que es la mente, empieza a buscar a Dios.

El cuarto se llama limpio, y es cuando se va el ánima purificando y sube sobre sí mesma creciendo en el conocimiento de Dios.

El quinto se llama alto, y es cuando el ánima siente que Dios es infinito y sobre toda naturaleza.

El sexto se llama claro, que es cuando el ánima tiene certenidad del conocimiento que tiene que es verdadero y de Dios.

El séptimo se puede llamar cierto, y es cuando sabe bien conocer los pensamientos de qué espíritu vienen, si vienen del propio amor o del demonio o del ángel bueno o de Dios.

El octavo se llama inventivo, y es cuando sabe inventar muchas y santas maneras para hablar y pensar y hallar a Dios.

El noveno se llama infuso, porque para tener perfectamente las sobredichas condiciones ha de ser dado de Dios.

El décimo se llama perseverante, porque ha de ser habituado para ser perfecto.

El undécimo se llama guiador, porque guía la voluntad para que ame perfectamente a Dios.

El duodécimo se llama alegre, porque siente el ánimo en sí misma la presencia de Dios.

Y has de saber que todos estos grados podemos decir, aunque se hayan también de poner para ellos otros hábitos particulares, que los puede causar una noticia y conocimiento habitual, si es perfecto. Y de este tal está escrito: Bienaventurados los limpios de corazón porque verán a Dios.

E nota que cuando el ánimo ha subido por estos doce grados, luego entra en la escura caligen, que es sentir clarísimamente que todo lo que podemos sentir y entender y decir es poco: porque siente el ánimo que Dios es sobre toda lengua y entendimiento. Y esta escura caligen, con los doce grados precedentes, se llama primero cielo.

El segundo cielo en el ánimo se llama cuando habla Dios con ella con pura noticia intelectual declarando al ánimo lo que es Dios en sí. De esta manera hablaba Dios a Moisés cara a cara, como el hombre con su amigo y como los Apóstoles el día de Pentecostés.

El tercer cielo es cuando se muestra Dios al alma en esta vida mortal como a los santos en paraíso, y esto pocas veces lo hace Dios. Y en esta manera dicen algunos santos que vio Moisés en el Viejo Testamento a Dios y San Pablo en el Nuevo, y también la Sacratísima Madre de Dios Nuestra Señora. E si tú así lo pidieres, también lo verás.

LAUS DEO

Esta obra fue vista y examinada por mandado de los S. Inquisidores y Ordinario de la villa de Valladolid y aprobada. Fue impresa en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla en las casas de Juan Cromberger que santa gloria haya, a ocho días del mes de Abril. Año del Señor de mil y quinientos y quarenta y dos años.